



Alfonsina Storni

BRUNO
COMPAÑIA TEATRAL
No. 470

EL AMO DEL MUNDO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Capital 20 ctva.
INTERIOR 25 "

Agenda 525: OBRAS EN EXISTENCIA 420 (1927) 127

- Suplemento N.º 1: La hora del balcón, de Mertens.
- Suplemento N.º 2: Como tronco de espinillo, de Maglio.
- Suplemento N.º 3: El movimiento continuo, de Discépolo, de Rosa y Folco.
- Suplemento N.º 4: El Arlequín, de Cione.
- Suplemento N.º 5: Tierra Baja, de Guimerá.
- Suplemento N.º 6: El pájaro agorero, de Maglio.
- Suplemento N.º 7: Como el tronar del picacho y Cuando el amor muere, de Maglio.
- Suplemento N.º 8: La Serranita, de Inglauna y Luna.
- Suplemento N.º 9: La muchachada del Pigall y El instinto, de Curotto.
- 11: La familia de mi sastre, de Mertens.
- 17: El tren de las 10.30, de Mertens.
- 19: La dama de Coeur, de Iglesias Paz.
- 22: Diógenes, de Soria.
- 27: Los íntegros, de Uria y Cuevas. Niñerías y El príncipe soñado, de Nicolaug Roig.
- 28: El pecado original, de Iglesias Paz; La primera discordia, de Mertens, y Tierra bárbara, de Boural Allen.
- 33: La carabina de Ambrosio, de Mertens.
- 38: Facundo, de Peña.
- 52: Acuaforte y Los dientes del perro, de Folco.
- 57: La novia de Zupay, de Schaefer Gallo.
- 58: El "dotor" Carricoche, de De Rosa y Folco.
- 62: La dote, de Duhau.
- 63: Gracia plena, de Weisbach y González Castillo.
- 64: La noche de los estudiantes y La paisana, de Escobar.
- 65: La mascota del barrio y El loco Ruiz, Caraballo.
- 67: El patrón del agua y El hornero, de Darthés y Damel.
- 68: La solterona, de Pico.
- 69: El pardo Reyes y El fruto prohibido, Weisbach y González Castillo.
- 70: La fragua, de Discépolo.
- 71: Titulares, suplentes y cesantes y Lecciones de amor, de Díaz Olazábal.
- 72: Eclipse de sol, de García Velloso.
- 73: La edad de merecer, de Mertens.
- 74: El hijo de Agar, de González Castillo.
- 75: Dorrego, de Peña.
- 76: El vértigo, de Discépolo y Villa Deliciosa, de Mertens.
- 77: El pecado de amar, de Saldías y Noche de luna, de Sánchez Gardel.
- 78: Mate dulce, de Martínez Cuitiño.
- 79: El zapato de cristal, de García Velloso.
- 80: Papá Batista y Las entrañas del lobo, de De Paoli.
- 82: El camarín de Bernádez y La eterna prosa, de Cayol.
- 88: Pasa el tren, Las pequeñas causas y ¡Para eso pagal!, de Pico.
- 84: La gente alegre, de Mertens.
- 85: Mambrú se fué a la guerra y La razón social, de Foppa.
- 86: Las campanas, de Sánchez Gardel.
- 87: El derrumbe, de Martínez Cuitiño.
- 88: Calandria, de Leguizamón.
- 89: Pueblecito, de Mook.
- 90: Tranquera, de Fontanella.
- 91: La palomita de la Puñalada, de García Velloso.
- 92: Sábado inglés, de Duhau.
- 93: La maestra del pueblo, de Berrutti.
- 94: Las rosas de la aurora, de Schaefer Gallo.
- 95: El capitán Metralla, de Iriarte y Pelay.
- 96: Los espantajos, de Cayol.
- 97: El chiripá rojo y Gabino el Mayoral, de García Velloso.
- 98: El intruso y Las que van al infierno de Darthés y Damel.
- 99: Jesús y los bárbaros y La copa de cristal, de Linning.
- 100: Elecciones en la Funa, de Gache.
- 101: Sanatorio Modelo, de Berrutti.
- 102: Cristián, de Soria.
- 103: Armenonville, de García Velloso.
- 104: Alma débil, de Díaz Olazábal y Ferrera Casariego.
- 105: El Guiso y La Cantera, de Weisbach.
- 106: La leona de Castilla y La bohemia leona, de Saldías.
- 107: Maidana y El angelical Manuquito, de Iriarte y Pelay.
- 109: Más allá de la ley, de Maniagurria.
- 110: Sobre las ruinas, de Payró.
- 111: La razón social, de Crosa.
- 112: Facundo, de Pelay.
- 113: La cruz del sur, de Caraballo.
- 115: La emboscada, de Aquino.
- 116: Magdalena, de González Pacheco y La krumira, de Foppa.
- 117: El cacique blanco, de Martínez Payva y Defilippis Novoa.
- 118: Cuarteles de invierno, de Casós.
- 119: Hasta la hacienda bagueña, cáil al jagüel con la seca y El instante, de Darthés y Damel.
- 120: Los buitres, de Foppa.
- 121: Los nidos rotos, de Payva.
- 122: Los venenos, de Bosch (G.).
- 123: El señor juez, de Morales (D.).
- 124: El trago amargo y La muerte de un vivo, de Escobar.
- 125: La quiebra, de Bianchi.
- 126: Los médanos y El nudo, de Dardo Lopez.
- 127: Con los nueve... y La salamandra, de Caraballo.
- 128: El bien ajeno y Cuesta arriba, de Casós y El novio que vuelve, de Retta.
- 129: La madreita, de Defilippis Novoa.
- 130: La extraña, de Bosch (G.).
- 131: Día feriado, de Discépolo y El patio de casa, de Casariego.
- 132: Nido de ranas, de Pellicer (hijo).
- 133: Poética casera, de Soria.
- 134: El novicio, de Leumann.
- 135: En la corriente, de Bosch (G.).
- 136: Las margaritas, de Martínez Payva y Un cable de Londres, de Defilippis Novoa.
- 137: Misericordia, de Bosch (M. G.).
- 138: La mujer del viejo, de Downton.
- 139: De América a las trincheras, de Bianchi.
- 140: Isabel, de Duhau.
- 141: La mejor doctrina y Un minuto de alegría, de Berrutti.
- 142: Santos y bundidos, de Defilippis Novoa y Martínez Payva.
- 143: La perra vida, La nube y El jardín de la vida, de Cayol.
- 144: Los pecados capitales, de Arcos y Segovia (Ex padre Gonzalo).
- 145: Los hijos mandan, de Villarán y...



RAMBAUNAS

REVISTA TEATRAL
PUBLICA EN CADA NUMERO UNA OBRA
DEL TEATRO NACIONAL

APARECE LOS SABADOS
BALCARCE 345 — U. T. 0232 Avenida
DIRECTORA: Amelia Monti
ADMINISTRADOR: Nemesio A. Ferrari

AÑO IX. BUENOS AIRES, ABRIL 16 DE 1927 N.º 470

ALFONSINA STORNI

EL AMO DEL MUNDO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Cervantes, de Buenos Aires, por la compañía Fanny Brena, la noche del 10 de marzo de 1927.

PERSONAJES PRINCIPALES

Márgara	35 años.
Zarcillo	18 „
Claudio	43 „
Ernesto	21 „
Carlitos	14 „
Emilia	30 „

PERSONAJES ACCESORIOS

Celina	24 años.
Chica 1.ª	} Alrededor de 20 años.
Chica 2.ª	
Chica 3.ª	
Mozo 1.º	} Entre 30 y 40 años.
Mozo 2.º	
Mozo 3.º	
El señor Rodríguez	40 años.
Un invitado	50 „
Portero	X.
Un joven	X.

Invitados que no hablan.

NOTA: Esta comedia se llamó originalmente: «Dos mujeres». Se la publica íntegra y acotada prolijamente, pues siendo una obra de matiz, la expresión de cada personaje debe ser muy cuidada.

PERSONAJES PRINCIPALES

Márgara. — Bella, de porte orgulloso. Peinado sobrio y señorial. No lleva joyas. Mirada penetrante, inteligente, de ser hecho al ejercicio de la lectura y a la observación de la vida desde puntos de vista superiores. En el primer acto viste de negro, traje con mangas. En el segundo de color, traje sin aquéllas. Ella es, en el conflicto, la mujer que escapa a su ambiente y lo supera.

Zarcillo. — Fina, enfermiza; de extraordinaria simpatía personal. Movimientos de ardilla. Ojos claros, fríos, lavados. Es toda imaginación, cálculo, mimo y astucia. Su modo de hablar ligero, despreocupado, infantil, esconde, queridamente, una inteligencia poco común puesta al servicio de sus intereses femeninos. Ella es, en el conflicto, la mujer que penetra su ambiente, se amolda a él y lo usufructúa. Finje una debilidad que no posee y la usa para domar a los que son más fuertes que ella. Viste de rigurosa moda, trajecitos encantadores. Melena. Collares. Amuletos.

Claudio. — Una natural elegancia mundana. Rico y aburrido de la existencia. En él todo es como una encogida de hombros. Rápido en sus juicios y convencido de ellos. Un exceso de confianza en su observación obscurece la verdad a su alrededor. Por ser hombre se cree un poco amo del mundo. La mujer puede ser, a su lado, el capricho, la distracción y hasta la locura. Pero nunca el otro ser de igual limpieza moral.

Ernesto. — El joven moderno corriente; además, todo lo bruñido que puede ser un bello sportman preocupado y orgulloso de su persona.

Carlitos. — Un niño precoz, hecho a un ambiente intelectual.

Emilia. — Una buena mujer común.

ACTO PRIMERO

La escena representa un hall cerrado de casa moderna, decorado con severo gusto artístico. En el fondo, corriendo de derecha a izquierda, una escalera de madera oscura que conduce al primer piso. A la derecha, en primer término, un gran canapé recubierto de mantas calchaques y almohadones. Alfombritas lujosas sobre el piso de mármol blanco y negro. Anaqueles con libros en las paredes. Debajo de la escalera un artístico mueble de adorno, cerrado con llave. A la izquierda una mesita. Revistas, libros sobre los muebles. Se respira un ambiente intelectual de gustos sobrios. En lateral izquierda puerta de madera sin vidrios que da al hall abierto de la calle; a la derecha, dos puertas de acceso a comedor y biblioteca, cuyos interiores se advierten. Sillones distribuidos.—Derecha e izquierda del espectador.

Zarcillo y Carlitos.

(Zarcillo cerca del teléfono, con un paquete de bombones a mano, habla y come. Carlos sentado sobre unos almohadones, delante de un pequeño caballete, dibuja).

ZARCILLO.—¿Con Ernesto? ¡Hola! ¿Con Ernesto? Buenos días; he tenido que hacerlo salir de la cama; son ya las diez y media. ¿Para qué? Para lo de siempre y esta vez no espero más... Bueno: ¿me las da o no? ¿Digo que si me las da o no? ¡No... no... no voy! ¡Vaya a los demonios, oh!... *(Cuelga el tubo con violencia, el rostro caprichoso y duro).*

CARLITOS.—¿Qué tienes?

ZARCILLO.—Nada.

CARLITOS.—Tienes carita de rabia.

ZARCILLO.—Cara de ganas de hacer un disparate...

CARLITOS.—¿Por ejemplo?

ZARCILLO.—Matar.

CARLITOS.—¿A una eucaracha?

ZARCILLO.—A un hombre.

CARLITOS.—Zarcillo, acuérdate que tienes miedo a los ratones...

ZARCILLO.—¿No crees que los animales son más felices que nosotros?

CARLITOS.—¿Por qué?

ZARCILLO.—Porque hacen lo que se les da la gana; y yo quisiera hacer todo lo que se mediera la gana.

CARLITOS.—¿Qué cosa aburrida!

ZARCILLO.—¿Tú no pareces un niño; siempre tan solemne!

CARLITOS.—Y a ti las novelas te tienen mal; vives repitiendo frases, como te dice Mágara.

ZARCILLO.—Y las frases, ¿no son una cosa linda? Los bombones, los colores y las frases son las cosas mejores que se han inventado.

CARLITOS.—¿Qué color prefieres?

ZARCILLO.—El rojo.

CARLITOS.—¿Por qué?

ZARCILLO.—Porque me alegra.

CARLITOS.—Mi buena Zarcillo, tú tienes los tornillos flojos.

ZARCILLO.—Acaso... ¿A qué no sabes lo que pensaba anoche?... Que hubiera querido ser un pájaro, si los pájaros no tuvieran la fea obligación de poner huevos.

CARLITOS.—¡Qué ocurrencia!

ZARCILLO.—Si los pájaros no pusieran huevos, serían seres perfectos. El trabajo lo deforma todo, le quita belleza.

CARLITOS.—Vas a ir a parar a un manicomio.

ZARCILLO.—Irás conmigo: en esta casa todos somos un poco locos.

CARLITOS.—Menos Mágina.

ZARCILLO.—Mágina es demasiado buena, ¿te parece poca locura? Tan buena que si yo matara, se lo confesaría.

CARLITOS.—Como no vas a matar...

ZARCILLO.—Bueno, si robara, se lo diría...

CARLITOS.—Como no vas a robar...

ZARCILLO.—¿Y a ti quién te lo ha dicho? Robar es malo, pero es lindo. Mira: cuando uno roba recuerda lo que fué en otras vidas lejanas. Oye: un día, lo tengo aquí (*Se señala la frente. Enfática*) escribiré versos, y haré como dicen los poetas del día: el elogio del asalto, pero no te creas que hablo del asalto miserable de un hombre a otro, sino del asalto de las especies contra las especies... ya verás...

CARLITOS.—El verso era lo único que te faltaba.

ZARCILLO.—Te equivocas; me faltan muchas otras cosas. Carlitos, me quiero casar...

CARLITOS.—(*Cantando*). “Arroz con leche, me quiero casar”...

ZARCILLO.—Con el hombre más áspero del mundo.

CARLITOS.—Ya comprendo: con Roque el chófer.

ZARCILLO.—¡Idiota!

CARLITOS.—Si es por áspero...

ZARCILLO.—Aspero, pero inteligente.

CARLITOS.—Mirá: cuéntale todo eso a Mágina; déjame trabajar.

ZARCILLO.—¿Qué dibujas?

CARLITOS.—Cualquier cosa.

ZARCILLO.—(*Acercándose*). Un jugador de de football, ¿no tienes vergüenza?

CARLITOS.—Tú quisieras que yo dibujase el Moisés de Miguel Angel o cosa así... ¿no es cierto? No soy un genio precoz.

ZARCILLO.—Tú eres una adoración; dame un beso.

CARLITOS.—¡No quiero!

ZARCILLO.—Dame un beso en la frente.

CARLITOS.—¡He dicho que no quiero; vamos, se acabó! (*Se levanta y se va por la derecha*).

ZARCILLO.—(*Gritando*). Pues yo quiero un beso, ahora mismo, quiero un beso.

Zarcillo y Claudio.

CLAUDIO.—(*Entrando por la puerta de calle, lateral izquierda*). No grites tanto, que ya te lo doy.

ZARCILLO.—Pues, no es broma mi pedido: aquí estoy. *Corre hacia él, que la besa en los cabellos. En broma*). Esto es lo que se llama la dulzura de mi beso paternal; me viene muy bien porque soy una persona desamparada...

CLAUDIO.—¡Chiquilla endemoniada! Me he hecho el propósito de buscarte marido cuanto antes.

ZARCILLO.—¡Menudo trabajo!

CLAUDIO.—¿Cómo lo quieres?

ZARCILLO.—Como usted. *(Se miran a los ojos: ella con perversidad un poco infantil, él con ternura reposada).*

CLAUDIO.—Eres una chiquilla.

ZARCILLO.—*(Con tono mimoso)*. No: soy una mujer; tengo diez y ocho años dobles; las demás los tienen simples.

CLAUDIO.—Y todavía, según me cuentan, no has aprendido a hacer una cama.

ZARCILLO.—¿Yo? ¿Una cama? ¿Papas fritas? ¿Papacito, usted me reñaja!

CLAUDIO.—De veras que manos tan lindas deben ser empleadas en otras cosas amiguita; la mano es la aristocracia del cuerpo.

ZARCILLO.—¿Verdad que sí? Una hora tardo en pulirme las uñas. *(Burlesca)*. Sirvo de ese modo prosaico a la belleza, papacito...

CLAUDIO.—*(La atrae bruscamente)*. ¿Como me digas otra vez papacito, te castigo!

ZARCILLO.—*(Perversa)*. ¡Ay, qué lindo! ¡Pero fuerte, fuerte, hasta que salte sangre!...

CLAUDIO.—*(La suelta)*. No sabes lo que dices...

ZARCILLO.—Sí, sé lo que digo...

CLAUDIO.—*(La mira con profundos ojos de hombre)*. Eres toda una promesa...

ZARCILLO.—Y por qué no una realidad?

CLAUDIO.—Sólo te falta que sean consciente para que seas terrible.

ZARCILLO.—*(Haciéndose la que no comprende)*. ¿Qué?

CLAUDIO.—Nada. *(Pausa larga)*.

ZARCILLO.—*(Yendo a buscar el paquete)*. ¿Quiere un bombón?

CLAUDIO.—¡No, gracias!

ZARCILLO.—*(Se sienta sobre los almohadones del canapé en posición familiar, las piernas sobre el asiento, y come un bombón tras otro; ha tomado un modo mimoso e inocente)*. ¿Qué cree usted que es lo mejor en una mujer?

CLAUDIO.—*(Que se ha colocado detrás de ella, de pie)*. La frescura de las ideas y de los sentimientos; la inocencia mental, corporal, total.

ZARCILLO.—*(Con dulzura hipócrita)*. Yo soy inocente.

CLAUDIO.—No necesitas decirlo; lo sé; y yo no me equivoco nunca.

ZARCILLO.—*(Bruscamente y como chiste)*. ¿Será verdad que la inocencia busca la sabiduría? ¿Sabe usted de qué personaje de leyenda me hubiera enamorado? Del rey Salomón. ¿Qué lindo hubiera sido treparsele por las barbas como un escarabajo! *(Se ríe a risitas pequeñas y contenidas)*.

CLAUDIO.—*(Auscultándola moralmente)*. ¿Qué idea tienes tú del amor?

ZARCILLO.—No sé; no tengo la menor idea.

CLAUDIO.—Sí, ya lo sabía; tú piensas, hablas con audacia, pero no por tu cuenta; haces mal en leer tanto.

ZARCILLO.—*(Mimosa)*. Si no comprendo la mitad de las cosas que leo.

CLAUDIO.—¿Qué maravilla de cabecita tienes! *(Le pone la mano sobre los cabellos)*.

ZARCILLO.—*(Cerrando los ojos; romántica)*. ¡Es lindo dormir!...

CLAUDIO.—Mejor es soñar.

ZARCILLO.—(*Muerta de risa*). ¿Sabe que si hay un hombre que se parece al rey Salomón, ese hombre es usted?

CLAUDIO.—¡Pobre niña! ¡Tienes una imaginación miedosa!

ZARCILLO.—¿Qué dice?

CLAUDIO.—Ay, pobre niña, que nunca sabes lo que hablas.

ZARCILLO.—(*Rabiosa*). ¡Usted, como todos, me trata mal y no me comprendo, lo odio! (*Se da vuelta como un animalillo y le muerde la mano*).

CLAUDIO.—¡Eh, mocosilla! (*La aparta con un movimiento brusco y ella se finge empujada y rueda al suelo*).

ZARCILLO.—(*Llorando*). ¡Ogro, ogro! ¡Lo odio, váyase!

CLAUDIO.—(*Se acerca*). ¿Te has hecho daño? Eres tú la que resbalaste; y lo has hecho adrede. ¡Vamos! ¿Sabes el terrible mordisco que ibas a darme?

ZARCILLO.—(*Llorando aún*). Que le dí.

CLAUDIO.—Sí, que me diste.

ZARCILLO.—No quiero hablar con usted; ¡váyase, váyase!

CLAUDIO.—¡Vamos, levántate!

ZARCILLO.—¡No quiero!

CLAUDIO.—Te alzaré yo...

ZARCILLO.—¡No quiero!

CLAUDIO.—¡Pues yo quiero! (*La levanta de un solo golpe de brazo y la mantiene alzada como se tendría a una criatura; ella sonríe y llora aún*). ¿Se te pasó?

ZARCILLO.—Un poco. Deme un bombón.

CLAUDIO.—¿Con qué mano? Tengo las dos ocupadas.

ZARCILLO.—Un hombre puede siempre lo que quiere.

CLAUDIO.—Ahora puedo hacer lo que quiero. ¿Ves? (*La oprime contra su pecho*). ¡Tienes que quedarte inmóvil a mi antojo y no te valen mañas, fierecilla! Me bastaría oprimirte poco a poco la garganta para que murieras; ¿quieres, quieres morir? (*Ella vuelve a reírse a pequeñas risitas*). ¿Ves? ¡Dos dedos aquí, sobre la garganta tan linda!... ¡O besarte la boca y en vez de morir!...

ZARCILLO.—(*Provocándolo*). Nunca me han besado.

CLAUDIO.—¿Nadie?

ZARCILLO.—Nadie. (*Ingenua*). ¿Qué es la vida? Me muero de curiosidad.

CLAUDIO.—¡Calla! (*La besa en la boca*).

ZARCILLO.—(*Con un tono indefinido de vergüenza, picardía, mimo*). ¿Sería verdad que Eva se puso colorada? ¡Ay, si tuviera un espejo!

CLAUDIO.—Sí, te has puesto colorada.

ZARCILLO.—(*Con gesto gracioso y rápido y con intención de molestarlo señalándole el cabello*). ¡Cuántas canas!...

CLAUDIO.—(*La baja bruscamente y empieza a pasearse de un lado a otro*). ¡Bah!

ZARCILLO.—(*Que lo sigue con una mirada irónica, feliz, inteligente, mirada de astuto cazador*). ¿Qué pasa?

CLAUDIO.—(*Para sí*). ¡Idiota!

ZARCILLO.—(*Chocándolo con gracia*). ¿Por qué se pasea así? ¿Es esto una jaula? Si es una jaula, ¿qué bicho soy yo y cuál es usted? Conviene conocerse,

CLAUDIO.—Aquí no hay nada más que uno que debiera andar en posición horizontal...

ZARCILLO.—Y ése, claro está, es usted.

CLAUDIO.—Sí, yo. (*De repente se detiene, le mira la pollera corta y le devuelve la espina*). Es bueno que te alargues la pollera; tienes mucha pantorrilla para tan corto vestido. (*Zarcillo lo mira burlona. Despreciándola*). Espero a Mágina.

ZARCILLO.—Ya lo sé, no ha de tardar en llegar. (*Larga pausa*). Oiga una cosa; ¿quiere que le diga una cosa que lo va a molestar? Usted no la merece a Mágina. Mágina es una maravilla de mujer. Si yo valiera lo que ella vale, despreciaría a todos los hombres, ninguno me tocaría un cabello. Si yo me he dejado besar por usted, oiga, sepa, es porque no valgo nada. (*Claudio la mira sorprendido, más confundido que nunca y sin hablar le hace señas tocándose la frente, de que no está bien de cascos*).

Claudio, Zarcillo y Mágina; luego Emilia.

CLAUDIO.—(*A Mágina, que viene de la calle con sombrero*). ¡Buenos días a la mujer más elegante de la tierra!

MÁRGARA.—¡Buenos!

ZARCILLO.—¡Y a la más buena!

MÁRGARA.—(*Sacándose el sombrero*). Eso sí; para ti, a lo menos.

ZARCILLO.—Quiero darte cientos de besos, en los cabellos, en los ojos, en las manos.

MÁRGARA.—¡Eh, eh, que me ahogas!

ZARCILLO.—Zarcillo me llaman, tú me pusiste el nombre, soporta las consecuencias.

CLAUDIO.—¡Ah! ¿Fué usted la del nombre? ¡Feliz hallazgo!

MÁRGARA.—¿Y cómo quisiera que la llamásemos? Desde que está conmigo, y van ya para cinco años, se le ha olvidado su nombre de pila.

ZARCILLO.—¡Y me dicen Zarcillo! Qué bien me cuadra, ¿no? El zarcillo es una cosa pedigrüeña, usa sus ganchos para levantarse sobre las cosas sólidas; ¡claro está que el nombre me queda bien! Mágina, tú no me lo dices, pero me quieres con un poco de desprecio.

MÁRGARA.—Pero criatura, ¿cuándo dejarás de decir disparates? ¿Quieres hallar una cosa más graciosa que un zarcillo?

ZARCILLO.—Sí, graciosa y blanda, bien blanda...

MÁRGARA.—Bueno, en el supuesto que fueras blanda, como dices, agregaré que, blanda y todo, te cargo con gusto; ¿estás contenta?

ZARCILLO.—¡Malísima! ¡Malísima! (*Le besa la mano*).

MÁRGARA.—Es incorregible.

CLAUDIO.—Hace rato que la esperaba, Mágina.

MÁRGARA.—Pero, ¿esperaba a mí o a mis libros? Usted no sale de mañana sino a trabajar.

CLAUDIO.—A veces también a disfrutar de las bellas caras y de las bellas almas; el vicio de la alegría es el último que se pierde.

ZARCILLO.—Le tengo escondido todos esos libracos. Aquí no se viene a perder el seso consultando rarezas.

CLAUDIO.—Y su propósito de regalar la biblioteca de su padre a la Facultad de Medicina, ¿en qué quedó?

MARGARA.—Un día de éstos lo voy a hacer, por más que estoy tan encariñada con esas pilas impresas que... ¡no sé!

ZARCILLO.—Cuando a mí también me interesan...

CLAUDIO.—Gran padre su padre, Mágina.

MARGARA.—¡Gran padre y gran hombre! ¡Su vacío no se llena! Desde que él ha muerto tengo propósitos de cambiar de vida; quiero viajar; no puedo ya perder el tiempo entre cuatro paredes; deseo salirme a ver el mundo por mi cuenta.

ZARCILLO.—(*Incisiva*). Acaso no te vayas sola. (*Con tono ligero*). Oye, Mágina mía, nuestro amigo Claudio tiene un proyecto, un hermoso proyecto; quiere casarse contigo, yo lo he adivinado. Pero yo te digo que no debes aceptarlo. Tú sabes que yo soy una descabellada que posee un gran sentido común... ¡Y me voy!

EMILIA.—(*Por la puerta de calle*). El niño Ernesto quiere hablar a las señoritas.

MARGARA.—Hazlo pasar. (*Vase Emilia*).

CLAUDIO.—¿Quién es?

MARGARA.—Un muchacho amigo, que vive al lado.

CLAUDIO.—Ah, uno de los Jiménez.

MARGARA.—Sí, Ernesto.

CLAUDIO.—El que ganó la última carrera de automóviles.

ZARCILLO.—El mismo; el muchacho más lindo de Buenos Aires.

MARGARA.—Y el más vanidoso.

Zarcillo, Claudio, Mágina y Ernesto.

ERNESTO.—(*Por la puerta de calle*). ¡Buenos días, Mágina! ¿Qué dice Zarcillo? (*Saludos*).

MARGARA.—(*Presentándolo*). El señor Claudio Ochoa; Ernesto Jiménez. (*Se sientan: Mágina y Claudio en el sofá de la derecha, Ernesto a la izquierda en el sillón; Zarcillo permanece de pie cerca de Ernesto*).

ERNESTO.—Hace mucho que deseaba conocerlo; ¡Zarcillo me ha hablado tanto de usted! Le tiene una verdadera admiración.

CLAUDIO.—¿A mí? ¿Y se podría saber por qué?

ERNESTO.—Zarcillo tiene un modo raro de explicar las cosas; dice que lo admira porque es usted un paradójico personaje de Wilde.

ZARCILLO.—Encajado en una naturaleza áspera... agregue.

CLAUDIO.—Siguen las definiciones: primero Salomón, después el personaje de Wilde, ahora el hombre áspero... Decididamente soy una creación de Zarcillo, una creación futurista de líneas caprichosas y colores abigarrados. ¡Encantado estoy de nacer de nuevo de tan linda imaginación!

ZARCILLO.—(*Insolente*). Yo hablo inexactamente, pero pienso con exactitud, y le aseguro que esto que digo es bastante obscuro para usted que no entiende a la mujer.

CLAUDIO.—¿Que yo no entiendo a la mujer? Esta es otra novedad. Segunda vez que usted, pequeña cosa, me crea a su paladar.

ZARCILLO.—Pienso seguirlo creando porque lo hicieron muy defectuoso. Usted está muy orgulloso de ser hombre, señor Ochoa. Orgulloso de sus tacos bajos, de llevar puños con gemelos, y de ser el amo del mundo...

MARGARA.—Zarcillo, te prohibo que sigas hablando. Abusas de gracias y monadas.

ZARCILLO.—Y lo peor del caso es que el señor Ochoa tiene razón de estar orgulloso de ser hombre. A veces me dan ganas de llorar a gritos. MARGARA, el mundo está mal hecho... (Con intención dirigida hacia Ernesto). Yo no quiero ser mujer; me repugna ser mujer, yo sé lo que digo...

MARGARA.—¡Basta ya; calla; vete!

ZARCILLO.—No, no, perdóname. Seré juiciosa, te lo prometo, perdóname.

MARGARA.—(Calmada). ¿Qué quería usted, Ernesto?

ERNESTO.—Nada importante. Zarcillo me pidió por teléfono hace un momento que le trajera las revistas con los detalles gráficos de mi última carrera... y aquí están.

ZARCILLO.—¿A ver? (Se acerca a él, que se ha puesto de pie y abre las revistas sobre una mesita colocada a la izquierda).

CLAUDIO.—(A MARGARA). Hay que vigilar de cerca a Zarcillo, moralmente; está en una edad peligrosa; suprimirle lecturas, seleccionárselas. No hay que dejar volar su imaginación.

MARGARA.—Vea, Claudio; en primer término, nada de lo que le diga Zarcillo tiene real importancia; sus palabras, sus gestos, son, como en los niños, una necesidad de expansión; se va toda en palabras.

CLAUDIO.—Ya sé que es de una pasta moral exéleente; pero a su edad un mal libro suele ser decisivo.

MARGARA.—No crea que las lecturas la impresionan tanto; es muy particular Zarcillo.

CLAUDIO.—¿Y el padre no viene a verla?

MARGARA.—No; anda cada vez más perdido, de garito en garito. La madre es la que viene, pero muy poco; Zarcillo la odia.

CLAUDIO.—Tiene un poco de razón Zarcillo.

MARGARA.—Mujer curiosa la madre de Zarcillo; usted no sabe hasta dónde llegó a amarla mi padre, y cosa más curiosa todavía, por amor a ella, se trajo a Zarcillo a casa, y me la confió: por amor a ella y para defenderla de ella.

CLAUDIO.—Sí, ya lo sabía; pocas hijas más amplias que usted.

MARGARA.—Uste sabe, Claudio, que por mi padre yo me hubiera dejado quemar viva, y en él adoré tanto sus bondades como sus defectos.

ZARCILLO.—(Bajo a Ernesto). Pero... ¿me trajo los papeles?

ERNESTO.—(Bajo). Ve esta tarde a buscarlos, estaré solo.

ZARCILLO.—(Bajo). ¡No, no; mil veces no! (Fuerte). ¿A ver ésta? (Toma una revista).

ERNESTO.—(Bajo). Eres caprichosa, pero conmigo no te vale.

ZARCILLO.—(Fuerte). Aquí está muy bien. (Mirando la revista).

ERNESTO.—(Fuerte). Regular.

ZARCILLO.—(Bajo). Le voy a meter una bala...

ERNESTO.—(Bajo). Bueno; te mandaré un revólver de regalo.

ZARCILLO.—(Fuerte). Es preciosa la fotografía. (Bajo). Quisiera ser hombre para arreglar este asunto a puño limpio.

ERNESTO.—(Fuerte). Y no hay más. Ya ve, la información es completa.

ZARCILLO.—(Fuerte). Es cierto. (Bajo). Todas juntas me las vas a pagar. (Alocada). MARGARA, mira las fotografías de nuestro amigo Ernesto, Jiménez de apellido, gran volante, gran figura, gran esplendor social... Dos-

cientas mujeres yacen en la tumba fría por culpa de sus ojos color de mar, de mar verde, verde... (*Se ríe a carcajadas*).

MARGARA.—¿Empezamos, Zarcillo?

ZARCILLO.—¿Y qué? ¿No puedo hacer el elogio de Ernesto Jiménez, el sportsman? (*Pone una cara tan cómica que Claudio, Mágina y hasta Ernesto se ríen*).

MARGARA.—(*Sin dar importancia a las palabras de Zarcillo*). ¿Es verdad, Ernesto, que anda usted noviano con Coquita Miró? ¿Vale la pena, eh?... Son...

ERNESTO.—¡Tres millones! Calumnia. Ninguna mujer me quiere.

MARGARA.—Cuando se tiene unos dientes y unas espaldas como las suyas, tres millones sucumben con facilidad.

ERNESTO.—Por lo demás, Coquita es fea. Yo supongo que en Buenos Aires existen otros tres millones brindables en la bandeja de una cara bonita; no hay que precipitar los acontecimientos funestos...

CLAUDIO.—... que un día son, por lo demás, inevitables. Dicen que alrededor de los treinta aparecen en el organismo las desviaciones funcionales por las que se muere; traslade usted esto al orden moral y...

ERNESTO.—Me encontraré en posesión de tres millones de pesos. Acepto. Y pregunto: ¿se producen en la vida del hombre varias veces estas desviaciones?

MARGARA.—Eso depende, amigo mío, de la calidad de los sujetos. Si éste maneja con elegancia un automóvil, es posible.

ERNESTO.—Le juro, Mágina, que no me separaré un momento del volante.

ZARCILLO.—(*Irónica*). No olvide usted llevar siempre esa camisa a rayas que le queda muy bien.

ERNESTO.—Si usted me lo ordena... A sus órdenes, señor Ochoa; adiós Mágina. (*Burlón*). Encantadora Zarcillo, a sus plantas. (*Vase por la puerta de calle*).

Zarcillo, Claudio y Mágina.

(Zarcillo se sienta en un sillón, con la mirada fija, seria, sorprendida).

CLAUDIO.—(*Después de observarla y pulsándola de nuevo*). ¿Te gusta pasear, Zarcillo?

ZARCILLO.—Sí, me gusta.

CLAUDIO.—¿De qué modo?

ZARCILLO.—De cualquiera.

CLAUDIO.—¿Qué prefieres, tren o auto?

ZARCILLO.—Me es lo mismo.

CLAUDIO.—En auto se va mejor.

ZARCILLO.—Si el coche es bueno, sí.

CLAUDIO.—¿Te gusta manejar o prefieres que otro maneje?

ZARCILLO.—Prefiero que otro maneje. Odio el trabajo.

CLAUDIO.—Tú serías feliz, por ejemplo, si yendo tú en auto manejara Ernesto.

ZARCILLO.—¡Psch!...

CLAUDIO.—¿Conqué Ernesto te gusta?

ZARCILLO.—¿A mí? ¿Gustarme ese fatuto? ¿Cómo ha podido ocurrir-

sele semejante cosa? Defiéndeme, Mágina, tú, que me conoces. (*Cínica*). ¿No es verdad que yo no he tenido un solo flirt con nadie?

MÁRGARA.—Es un error suyo, Claudio. Hace tres años que los Jiménez viven aquí al lado. Zarcillo es muy amiga de las chicas y tenemos gran confianza con ellas; nada más. Por lo demás, y a pesar de todo lo alocada que esta criatura parezca, no creo que le interese empezar ya a perder tiempo en flirteos.

ZARCILLO.—(*Zorra*). Tú me comprendes, Mágina. (*Muy mimosa*). Gracias. (*Bruscamente*). Por lo demás, ¿que haría yo con un hombre vacío como Ernesto? Para vacía me basto yo, para inútil también. Además, soy pobre; soy un pegote de Mágina. ¿Usted cree que la cara de Ernesto no tiene precio? ¿Cómo podría gustarme un hombre dispuesto a venderse? (*Sincera*). Eso sí, lo que es tan lindo, dan ganas de golpearlo, porque una cara así, desespera.

CLAUDIO.—¿Desespera, dices?

MÁRGARA.—Por favor, no vaya a tomar en serio esta frase, Claudio. Ayer, aquí, dijo algo parecido Valle, y esta inocente lo aplica sin ton ni son.

ZARCILLO.—Yo soy muy estúpida...

MÁRGARA.—Te expones simplemente a que hagan de ti juicios inconvenientes por esa manía de decir lo que no puedes comprender.

ZARCILLO.—¿Que no puedo comprender? (*Disimulando*). Sí, sí, es cierto, la cara de Ernesto no me desespera, no; la cara de Ernesto... Bueno, no quiero hablar más de él. Me voy a desinfectar la boca por haber pronunciado varias veces su nombre.

MÁRGARA.—Supongo que usarás un desinfectante liviano.

CLAUDIO.—Y agradable. Rouge, por ejemplo. Es el desinfectante que mejor queda en labios de mujer.

ZARCILLO.—Entonces no me sirve porque no llego a tanto; apenas si soy un zarcillo. Busque usted otro que me venga mejor.

CLAUDIO.—Para el zarcillo, sulfato de cobre, sin duda...

ZARCILLO.—Es el mismo que voy a usar.

MÁRGARA.—Anda locuela, anda y riega un poco tus plantas; necesitas tomar sol, no lo olvides.

ZARCILLO.—Hasta que no se me pique un pulmón no seré un ser perfecto. (*Enfática*). Mágina, ¡yo debo morir de una enfermedad al pecho!

MÁRGARA.—Mira, no te aguanto más; vete sin pronunciar una palabra, ahora mismo. (*Zarcillo se cierra la boca con dos dedos y con gesto cómico se va, saludando con la mano, por lateral derecha*).

Claudio y Mágina.

(*Mágina sentada, Claudio se levanta y pasea; luego dice traicionando la seducción que ejerce sobre él, Zarcillo*).

CLAUDIO.—¡Original criatura Zarcillo!

MÁRGARA.—¡Y linda! (*Inteligente*). Cuánto le gusta, ¿eh?

CLAUDIO.—¡Psch! Hay veinte mujeres en el mundo que me gustan como Zarcillo...

MÁRGARA.—(*Irónica*). Y una sola que le gusta como yo.

CLAUDIO.—Tal es.

MÁRGARA.—¿Sabe lo que usted siente por mí? Curiosidad, gran curiosidad.

CLAUDIO.—Y el resto. (*Toma un libro de un anaquel y lo hojea. Habla como al descuido*). Mágina, soy un hombre desgraciado; me he hecho ya cargo de mi nueva herencia. Son muchos pesos para un hombre solo. Ayúdeme a cargar con ellos.

MÁRGARA.—¿Y qué debo hacer?

CLAUDIO.—(*Siempre hojeando el libro*). Casarse conmigo. Necesito más que nunca una compañera inteligente y de carácter. Es usted la única mujer cuya compañía no me aburre.

MÁRGARA.—¡Pero qué lejos está usted de quererme, Claudio!

CLAUDIO.—(*Dejando de hojear*). Y usted también, mi buena amiga. Somos ya dos personas sensatas, capaces de crear la felicidad en vez de aguardar a que ella nos elija.

MÁRGARA.—(*Triste*). Es usted el hombre que menos me conoce y acaso el que más me frecuenta. ¡Qué extraña cosa!

CLAUDIO.—Extraña no. Es usted mujer, eso es todo.

MÁRGARA.—(*Mordaz*). ¡Ah sí, Eva, la obscura Eva!...

CLAUDIO.—En usted Eva es, sin embargo, un poco más clara que en el resto de las mujeres. Usted gobierna bien sus impulsos. Ya es algo.

MÁRGARA.—(*Con la dignidad de un ser incomprendido*). Es decir que yo soy el ser que obedece órdenes ajenas, se ajusta al molde que le dan hecho, ahoga su corazón, destruye su verdadero ser moral?

CLAUDIO.—Se pone usted más linda cuando protesta, tan linda que, a pesar de mi reflexión y la suya, la quiero acaso.

MÁRGARA.—(*Inteligente, segura de lo que dice, un poco triste, y en el fondo irónica*). No, Claudio, usted no me quiere; usted tiene cierto encanto por la mujer que ha imaginado en mí, eso que llaman por ahí una mujer superior, me ha rodeado de una aureola de cosas que estás por encima de las fallas de la tierra; es el reflejo de mi padre. Después de muerto, aun me defiende su gran sombra; para usted, para todos, vivo empapada en su vaho espiritual; a ello acaso han contribuido mi modo de vestir, siempre de negro; mi modo de vivir, siempre metida en casa; la disciplina de mis gentes de servicio; el verme en pie a las seis de la mañana, y acaso, cosa todavía más curiosa, el tomar te sin azúcar.

CLAUDIO.—Puede ser. Pero todo eso es superficial. Lo que más atrae en usted es lo imposible que hay en usted misma. La seguridad de que nadie la tendrá nunca completamente.

MÁRGARA.—Literatura.

CLAUDIO.—Y otra cosa...

MÁRGARA.—(*Irónica*). Mi pureza.

CLAUDIO.—Sí, su pureza.

MÁRGARA.—(*Acentuando la ironía*). De cuerpo y alma...

CLAUDIO.—Sí, de cuerpo y alma.

MÁRGARA.—(*Casi burlona*). ¡Sería bello despertar en mí, en edad tardía, la pasión de los veinte años, el fuego arrebatador y sorprendido; ver asustados los ojos que fueron antes inocentes!... ¡Voluptuosidad de hombre refinado!

CLAUDIO.—Sí, terrible voluptuosidad, porque usted puede comprenderla...
MÁRGARA.—(*Con maldad, porque conociéndolo y sabiendo de antemano que va a ser rechazada, prefiere causar repulsión o provocar lástima*). Literatura. Mire, en dos palabras voy a echar abajo el andamiaje de su imaginación, le voy a revelar lo que hay en usted mismo; yo le conozco bien; mu-

cho más de lo que usted me conoce a mí... ¡En dos palabras!... Y allí van: Carlitos es hijo mío.

CLAUDIO.—(*Como si lo hubiera mordido una víbora se da vuelta hacia ella*). ¡Mentira! ¡Usted está jugando conmigo!

MARGARA.—(*Orgullosa de un hecho en el que ha jugado su vida*). ¿De manera que ni siquiera me cree usted? ¿De modo que no me cree capaz de haber amado, dado vida a un ser, tenerlo a mi lado, dirigirlo en la vida? No me obligue a que sienta desprecio por usted! Lo he callado hasta ahora por mi padre; solamente por él; no tenía derecho a exponerlo a la crueldad de sus enemigos; pero él, él lo sabía; él me ayudó en mi resolución de tener a Carlitos a mi lado; él me facilitó la forma de que nadie tuviera la más leve sospecha de ésto. Un día, cualquier día, le contaré en detalle, si le interesa, cómo ocurrió todo; pero no para ser disculpada, no quiero ser disculpada. No he sido una chiquilina engañada; he obrado por elección, por decisión, por voluntad, como un ser libre. ¿De qué aspiraría a ser disculpada? Tengo un solo crimen en mi conciencia: la ignorancia en que Carlitos vive de que soy su madre, en esto sí, en esto soy culpable; pero he de ponerle remedio cuanto antes... a pesar de todo y contra todo. Y mi confesión ha empezado con usted que era el que menos lo sospechaba.

CLAUDIO.—(*Fastidiado con ella y reaccionando en su contra por haberse engañado al creerla como la deseaba*). Veo que es usted una excelente artista. No la hubiera creído capaz de tan perfecto disimulo.

MARGARA.—(*Cáustica*). Pero he ganado la partida. En dos palabras he echado abajo su literatura amatoria. ¿Ve usted? He pulverizado la blanca mujer que usted había soñado en mí. No podrá usted arrancarme ya los primeros sonidos... Ya soy, para usted, una del montón. ¿Cómo podría usted llamarme? ¡Vamos! ¡Acierte con un nombre! Podría usted llamarme: ¡la roída!...

CLAUDIO.—(*Seco, cortante*). No hay duda de que, como buena mujer, es usted bien perversa. No hay duda, tampoco, de que en cualquier mujer, la más simple o la más astuta, la más tonta o la más inteligente, está toda la mujer.

MARGARA.—(*Despectiva*). Sí, y en cualquier hombre, aun en el que se crea más libertado, todo el hombre! (*Hay una doble mirada de desafío; él se encoje de hombros y va hacia la puerta de calle; ella lo sigue con los ojos, indiferentemente, sin intentar detenerlo.*)

T E L O N

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto.

Zarcillo y Emilia

ZARCILLO.—Te digo que es una cosa muy fácil, tú que vas siempre al cine, ¿no has reparado en ello? Oye: mañana domingo no habrá nadie en la casa, ni los sirvientes, lo he averiguado bien; tengo aquí llaves; no tienes nada que temer.

EMILIA.—Pero, niña; yo no me atrevo a entrar; si me sorprenden, me tomarán por una ladrona.

ZARCILLO.—Nadie te sorprenderá; yo vigilaré desde aquí; es tan cerca, mujer, tan cerca y tan fácil, que en diez minutos todo estará hecho. Mira. *(Se acerca a la puerta en segundo término lateral derecha)*. Esa ventana, la que está pegada a la enredadera de jazmines, allí es el cuarto del niño Ernesto...

EMILIA.—Sí, ya lo sé, pero...

ZARCILLO.—Pero ¿qué?

EMILIA.—No sé; no sabría; no puedo...

ZARCILLO.—¿Y para qué eres sirvienta si no sabes robar? ¿Qué manera de tener un oficio! Careces de clase.

EMILIA.—¡Pero, niña!

ZARCILLO.—Te doy cien pesos.

EMILIA.—No, niña; si esto no es cuestión de dinero.

ZARCILLO.—¡Idiota! Te doy mi pulsera de oro, que vale mucho más.

EMILIA.—No me atrevería a entrar en una casa ajena ni por todo el oro del mundo.

ZARCILLO.—¡Cállate... ¡Cállate!... No tienes alma de criada. Eres un vulgar sujeto a suelto; un calamar en lata vale más que tú, porque viene en su tinta. No me mires con la boca abierta, no necesito que me mires; lo que necesito es que sepas manejar un formón y me traigas esos papeles.

EMILIA.—Niña, yo la quiero mucho, pero no puedo hacer eso, no me atrevo.

ZARCILLO.—¡Qué me has de querer! ¡El cariño es sacrificio! ¡Los criados antiguos saqueaban y robaban para alimentar a sus amos.

EMILIA.—Los de ahora tendremos más vergüenza, niña.

ZARCILLO.—¡Véte de aquí! ¿Quieres hacerme creer que nunca has robado nada, que nunca has descerrajado un cajón? ¡Véte, te digo!

EMILIA.—*(Va a irse al interior y en la puerta se vuelve)*. Le prometo que no diré ni una palabra de esto a nadie.

ZARCILLO.—¿Y a mí qué me importa que lo cuentes? Cuéntalo. Y sabe que iré yo en tu lugar, y haré tu oficio, porque yo sí sé robar, necia. Tráeme un formón, que quiero hacértelo ver. *(Vase la criada por lateral derecha y Zarcillo se acerca al mueble cerrado que está debajo de la escalera y comienza a tironear un cajón, con rabia)*.

EMILIA.—Aquí lo tiene. *(Le da un formón)*.

ZARCILLO.—Mira, se introduce la punta aquí y se hace palanca... Tira tú; ¡más fuerte! (*La criada tira de la manija, mientras Zarcillo forcejea con el formón*). ¿Pero es que no tienes fuerza?

EMILIA.—Pero niña, yo tiro; ¿no ve usted que la madera no cede?

ZARCILLO.—Va a ceder. Te juro que va a ceder. ¡Vuelve a tirar! Eres tú la que me estorbas.

EMILIA.—Es que esto no es tan fácil como parece, niña. Esto es cosa de hombres.

ZARCILLO.—Lo haré yo sola, en cuanto te vayas, porque no me sirves más que de estorbo. ¿Cuándo has visto que yo no logre lo que me propongo? No me mires con esos ojos estúpidos. Seré yo la que me sacrifique. Tú sabes bien que quiero salvar a una amiguita mía de una intriga. ¿O has creído que soy capaz de andar, como tú, en un lío? ¿No conoces la casa? ¿No me conoces?

EMILIA.—Pero si yo no digo nada, niña; ¡si es usted que se lo dice todo!

ZARCILLO.—¡Cállate, y vete al diablo! (*Sale la sirvienta*).

Zarcillo, MARGARA y Emilia

ZARCILLO.—(*Forcejeando de nuevo*). Pues va a saltar; quiera o no quiera, va a saltar!

MARGARA.—(*Que baja la escalera, atraída por el ruido*). ¿Qué ruido es ese? ¿Qué haces allí con ese instrumento?

ZARCILLO.—¡Nada! ¡Qué rabia! (*Tira el formón y rompe a llorar*).

MARGARA.—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

ZARCILLO.—MARGARA, ayúdame; tú sola puedes salvarme.

MARGARA.—¿Pero qué pasa?

ZARCILLO.—Necesito hacerte una confesión seria, pero muy seria. Yo sé todo lo buena que tú eres; todo lo que comprendes.

MARGARA.—Pero ¿qué?

ZARCILLO.—Dime, dime antes si me vas a despreciar. Oye, MARGARA, yo soy un ser, ¿cómo te diré?... ¡inmoral! pero no quiero que tú me desprecies. Yo estoy dispuesta a engañar a todo el mundo, menos a ti. Tú eres como si fueras mi madrecita, más aun, como si siendo mi madrecita fueras mi amiga. Yo necesito que sepas todo lo miserable que soy.

MARGARA.—Pero no me tengas en esta angustia, ven, siéntate aquí. (*La acerca al canapé*).

ZARCILLO.—No, no, a tus pies. (*Se sienta a sus pies*). Déjame la cabeza sobre tu falda, bésame la frente, bésamela mucho...

MARGARA.—Pero criatura habla, di...

ZARCILLO.—Mira, yo...

MARGARA.—¿Qué?

ZARCILLO.—Estoy amenazada.

MARGARA.—¿Pero amenazada de qué?

ZARCILLO.—Ernesto me amenaza, porque ¿cómo te diré?... Tienen unos papeles míos, unos papeles confidenciales, unas cartas que me comprometen mucho.

MARGARA.—¿Cartas?...

ZARCILLO.—¿Te extraña, verdad? Mira... pues yo... a Ernesto... ¿cómo te diría?...

MARGARA.—¡Di, por favor, que me desesperas!

ZARCILLO.—Pues yo, a Ernesto, lo he besado; pero mucho, ¿entiendes?

MARGARA.—¿Y cuándo ha sido eso?

ZARCILLO.—Hace unos meses, cuatro, cinco... Tú sabes lo caprichosa que soy. ¡Es tan lindo! ¿Te acuerdas que me pasaba las tardes en su casa con sus hermanas?... Tantas lo odiaban... ¡Es tan vanidoso! Tú no te diste cuenta de nada, porque yo soy muy canalla y disimulo muy bien... pero el juego fué más lejos de todo lo que pudieras imaginar.

MARGARA.—¿Hasta dónde fué?

ZARCILLO.—¿Ay, cómo decirte? Ocurrió todo, lo más grave, lo más serio que puede ocurrir entre un hombre y una mujer.

MARGARA.—Pero, ¿dónde?... ¿cómo?...

ZARCILLO.—No me martirices con preguntas; aquí, en su casa, a hurtadillas, no puedo explicarte. Pero esto no ha tenido ninguna consecuencia, Mágina, ninguna!

MARGARA.—¿Qué enfermedad!

ZARCILLO.—Mira, ahora siento por él repugnancia, y por mí también; pero ya todo está hecho.

MARGARA.—¿Y por qué te amenaza?

ZARCILLO.—Porque quiere tenerme en un puño, divertirse conmigo: humillarme. No se resigna a que yo lo haya despreciado. Me amenaza con entregar mis papeles al primer hombre que se acerque a mí. ¡Háblale tú, pedíselos!

MARGARA.—¿No se los has pedido tú?

ZARCILLO.—Veinte veces, pero me pone un precio horrible.

MARGARA.—¿Cállate, por favor!

ZARCILLO.—¿Me desprecias?

MARGARA.—Calla, te digo.

ZARCILLO.—¿Hablarás con él?

MARGARA.—Ahora mismo.

ZARCILLO.—Mágina: ya que hoy he empezado a hablar, necesito seguir diciéndote otras cosas. Atiéndeme: yo quiero enterrar este episodio de mi vida para siempre. Yo quiero casarme. Yo tengo un plan, un deseo.

MARGARA.—Acaba.

ZARCILLO.—Avúdame, compréndeme. Yo estoy enamorada de Ochoa.

MARGARA.—¿Qué más?

ZARCILLO.—Mientras yo creí que Claudio pudiera casarse contigo, no me atreví a decirte nada, pero ahora que sé que tú no quieres ser su mujer, me atrevo a hablar, a pedirte que me ayudes; te lo agradeceré toda mi vida.

MARGARA.—¿De modo que tu propósito sería ocultarle todo?

ZARCILLO.—(Muy vivo). ¡Ah sí, sí; todo a todos, menos a ti! (Reco-brándose). ¿Crees que no soy capaz de engañar a un hombre? ¿Crees por otra parte que los hombres no deben ser engañados? Todas los engañan; un poco, todas.

MARGARA.—Te equivocas. Hay una gran cantidad de mujeres que no tienen nada que ocultar a sus maridos.

ZARCILLO.—¿No te diré que no tengan que ocultar cosas importantes, pero así tonterías como la mía, muchas!

MARGARA.—¿Y a qué le llamas tú una tontería o una cosa grave?

ZARCILLO.—Mira: es el pensamiento el que hace graves las cosas... Es el modo de verlas, de sentir las pesando en la vida...

MARGARA.—¿Y a ti que podría pesarte? Las cosas te resbalan por la epidermis. ¡Tontería!... Por tu tontería otras mujeres se matan, otras se golpean el pecho toda la vida, otras se niegan a amar para siempre, otras lo

confiesan temblando como si hubiera desollado vivo un niño. Pero, sí: tienes razón; cualquier cosa que tú hagas, en ti parece casualidad, tontería... Tus actos toman el color de tu carácter. En mí, toman el mío...

ZARCILLO.—Acaso, sí, pero ¿qué quieres que haga? ¿Voy a destruir mi vida por ser sincera? Y dime: ¿los hombres son sinceros con sus mujeres? ¿Les cuentas, antes de casarse, sus lacras? ¿Por qué humillarse así ante ellos? ¿No ves que es una cuestión de vida o muerte? No, no; yo no quiero decirle ni una palabra a Ochoa: veinte veces ha dicho en todos los tonos que es demasiado hombre para resignarse a querer a una mujer que ya hubiera amado, ¿no lo sabes?

MARGARA.—Sí, lo sé.

ZARCILLO.—Si él tuviera la menor sospecha de esto, dejaría de quererme.

MARGARA.—¿Sabes acaso que te quiera? Porque tú dices que estás enamorada, ¿pero él?

ZARCILLO.—Tengo que decirte algo más: hace dos días lo encontré en la calle. Tomamos el te juntos. Yo te aseguro que cada día le gusto más, porque, esas cosas... las comprendo muy bien...

MARGARA.—(*Observándola con amargura*). Eres todo un caso, Zarcillo.

ZARCILLO.—Tú lo rechazaste, ¿verdad? Él me lo dijo. Hiciste bien: no te merece.

MARGARA.—(*Sombria*).—No, yo no lo rechacé, la vida nos rechazó mutuamente.

ZARCILLO.—Ayúdame, pues, ¿qué te cuesta? Sé que tú no serías capaz de hacer lo que hago; pero tú eres rica, dueña de tu vida y yo estoy sola; no tengo nada, ni siquiera salud. Y no quiero volver al lado de mi madre. ¡nunca, nunca! La vida está llena de tentaciones, sálvame! Tú sabes que yo tengo muy mala pasta. (*Observando la mirada fría de Mágina*). No, no; no me desprecies, tú no. (*Le besa los pies, las rodillas y las manos*).

MARGARA.—Hazlo llamar a Ernesto con la mucama: dile que venga inmediatamente. (*Con piedad*). ¡Ah, si pudiera renovarte toda, a costa de cualquier sacrificio! (*Zarcillo oprime el botón del timbre*).

EMILIA.—(*Entrando*). Señorita...

ZARCILLO.—Vaya al lado, a lo de Jiménez, y dígame al señor Ernesto, de parte de la señorita Mágina, que venga en seguida.

MARGARA.—Sube ahora a tu cuarto: necesito estar sola; déjame sola.

ZARCILLO.—Ay, Mágina, yo te conozco bien; no te vayas a enfermar por esto; tú no quieres aprender a ser feliz; no se puede vivir con la verdad en la mano; es un favor engañar.

MARGARA.—Me desespera oírte hablar así; abusas de mí con tu debilidad; me explotas con ella y lo más grave es que lo comprendo, ¿ves?, y me dejo explotar...

ZARCILLO.—Pero te admiro, Mágina, pero te venero, te adoro; eres el único ser por quien quisiera morir...

MARGARA.—Y me tomas como instrumento de tus planes, me complicas con tus pequeñas miserias, me ofendes con tus trampas, me obligas, casi, a que sea tu celestina!

ZARCILLO.—(*Exaltada*). ¡Dame tu fuerza moral, entonces; aquí tienes mis venas: ábrelas! ¡Qué haces que no te partes sobre mí y me riegas con tu sangre! Sí, sí, dame tu vida, tu alma, tus nervios, tu padre, tu madre... ¿Tengo culpa de haber sufrido un ataque de meningitis? ¿Tengo culpa de que mi ma-

dre tenga un amante cada mes? ¿Crees que no lo sé todo? ¿Cómo no me tienes lástima?

MARGARA.—¡Déjame, por favor: sube, vete!

EMILIA.—(*Entrando*). Allí está el señor Ernesto.

MARGARA.—Hazlo pasar. (*Vase la mucama por lateral izquierda*).

ZARCILLO.—¡Sé buena!

MARGARA.—¡Vamos! ¡Sube arriba de una vez!

ZARCILLO.—Voy. (*Sube corriendo la escalera*).

Márgara y Ernesto.

ERNESTO.—(*Entrando lateral izquierda, sin sombrero*). ¡Buenas tardes! (*Le tiende la mano, pero Márgara finje no verla y le señala un asiento*).

MARGARA.—Siéntese.

ERNESTO.—¿Me necesitaba?

MARGARA.—Tengo que hablar detenidamente. (*Larga pausa, en que ambos se miran. Ernesto con intriga, Márgara con dureza*).

ERNESTO.—Sospecho de lo que se trata; su actitud me lo dice: sabía bien que esto iba a llegar de un momento a otro.

MARGARA.—¿Y me lo dice usted tan tranquilo?

ERNESTO.—Por favor, le ruego que no se deje impresionar por lo que le hubiera contado Zarcillo. Yo la conozco por cierto más que usted. Disculpe, pero la gente que menos conocemos es la que está a nuestro lado. La comediante que hay en Zarcillo no es cosa corriente. Si no hubiera estado bajo su protección, yo no hubiera tenido ninguna consideración con ella.

MARGARA.—¿Y ha tenido alguna, acaso? ¿Imagina usted que Zarcillo me ha ocultado algo?

ERNESTO.—Sí, he tenido grandes consideraciones; he hecho mucho menos de lo que cualquier hombre hubiera hecho en mi caso; pero no puedo hablar con usted de detalles que la palabra no admite.

MARGARA.—Hable usted, porque necesito saberlo todo.

ERNESTO.—No puedo; no quiero. Le aseguro que no la he engañado, que no le he prometido nada. La culpable de cuanto ha ocurrido es ella, sólo ella.

MARGARA.—No; si no voy a pedirle que se case con Zarcillo, no se defienda antes de tiempo. Lo que quiero pedirle, lo que usted me va a prometer, ya que es un hombre, es que no la va a molestar para nada y que nadie, ni su misma sombra, va a tener sospecha de lo que ha ocurrido entre ustedes; y además que, cuanto papelucho tenga de ella, me lo va a entregar a mí, en el acto.

ERNESTO.—¿De modo que usted ha creído que era yo capaz de hacer un uso miserable de esos papeles? Veá: los mantenía en mi poder, por pica; cualquier día los hubiera tirado al fuego. Pero quería sobresaltarla, es verdad. No, Márgara: usted no tiene idea de la fierecilla que hay en esa muchacha cuando la domina un capricho: la burla, la audacia, el cinismo, todo se mezcla allí, para desesperar al hombre de proceder más decente. Ha abusado de mi natural reserva de hombre, ha excitado mi crueldad y hasta mi proceder grosero. Es verdad que le dije que le entregaría esos papeluchos al primer hombre que se le acercara; pero esta maldad de palabra la comprendería si usted fuera hombre y se viera manoseado por una chiquilina histérica.

MARGARA.—Sé, perfectamente, que cuando se produce un conflicto entre dos, cada uno se cree siempre la víctima... tal es la pobre condición huma-

na... ¡Bah! No quiero entrar a investigar nada. Usted es hombre y con esto está dicho todo. No puedo darle las gracias por lo ocurrido, pero tampoco me atrevo a dirigirle palabras de reproche. Sólo insisto en lo anterior: que usted me ha de prometer reserva absoluta, cualquiera fuese el porvenir de Zarcillo.

ERNESTO.—Se lo prometo seriamente. Y no sabe cuánto lamento que usted se haya enterado de esto. Créame que estoy confundido. Hay actos de hombre que sólo pueden comprenderlos otros hombres.

MARGARA.—Sí, acaso...

ERNESTO.—Dentro de un momento tendrá aquí esos papeles.

MARGARA.—Dé orden que me los entreguen a mí personalmente.

ERNESTO.—Tenga la seguridad de ello. Discúlpeme, Mágina. *(Le tiende la mano: Mágina se la estrecha en el preciso momento que entra Claudio).*

Mágina, Ernesto, Claudio y Emilia.

CLAUDIO.—*(A la criada que venía acompañándolo).* Deje no más; no he olvidado el camino. *(Vase Emilia).* Muy buenas tardes. ¿Cómo está, Mágina?

MARGARA.—¡Oh, qué milagro!

CLAUDIO.—Sabía por la criada que estaba aquí Jiménez. ¿Qué tal?

ERNESTO.—Bien, siempre bien.

CLAUDIO.—¿Y Zarcillo?

MARGARA.—Descansando: le dolía un poco la cabeza.

ERNESTO.—Los dejo; me iba cuando usted llegó.

CLAUDIO.—Quédese, hombre; cinco minutos... ¿Le son gravesos?

ERNESTO.—En absoluto.

CLAUDIO.—Deseos de charlar, no más.

MARGARA.—Síntese... aquí.

CLAUDIO.—*(Tomando un cigarrillo de sobre la mesita. A Mágina).* Ya sé la novedad. Zarcillo me ha informado que hace un mes, usted fuma.

MARGARA.—Ah, sí; esto es una cosa sin importancia. No se sabe por qué, por ejemplo, uno cambia un día de perfume o de jabón. No tengo prejuicios con respecto a minucias.

CLAUDIO.—¿Y por qué habla de prejuicios? Fumar es bien, distrae...

MARGARA.—Y ensucia los dedos... Soy todavía muy mala fumadora.

(Fuman Ernesto y Claudio; Mágina rechaza un cigarro que le ofrece Claudio).

ERNESTO.—Me quería especialmente para algo, Ochoa. ¿En qué puedo serle útil?

CLAUDIO.—La juventud es siempre útil; existe y ya es útil; dice, hace una locura, y ya es útil.

MARGARA.—En verdad, Ochoa, que usted tiene la mentalidad del escritor. Cualquiera día nos sorprende con una novela, con un drama...

CLAUDIO.—Jamás he escrito una línea; jamás la escribiré. Carezco de la indispensable vanidad para creer que mis observaciones interesen al resto de los hombres.

MARGARA.—A veces, sin vanidad, puede sentirse deseos de pensar en voz alta.

CLAUDIO.—No siento esa necesidad.

MARGARA.—Por eso, acaso, esté tan aburrido.

CLAUDIO.—Eso sí, muy aburrido: tanto, que estoy más que nunca en ánimo de hacer cualquier disparate: hacerme aviador, recorrer el mundo a pie; domar fieras.

ERNESTO.—Las mujeres son más difíciles. ¿No practica el sport?
 CLAUDIO.—Ya no quedan mujeres sobre la tierra; no obstante cualquier día de estos me casaré con la primera que me salga al paso. ¡Será divertido de ver todo eso!...

MARGARA.—Esta elección apresurada no está bien en usted, Claudio, que es amante de la mujer de gineceo. ¿No sabe, Ernesto, que nuestro amigo Claudio es un perseguidor tenaz de la inocencia? ¿Lo sabía usted tan original?

ERNESTO.—No veo la originalidad. Cualquier hombre persigue la inocencia; ahora, la cuestión es alcanzarla.

CLAUDIO.—Hay que tener olfato.

MARGARA.—(Intencionada). No hay nada más astuto que una mujer astuta.

CLAUDIO.—(Suficiente). Ni olfato más afinado que el de un hombre que ha pasado los cuarenta años.

MARGARA.—(Intencionada). Si no se contara con el amor propio que hace ver en los demás lo que queremos ver...

ERNESTO.—Apoyado.

CLAUDIO.—Veo que está usted entregado a Mágina...

MARGARA.—(Irónica). Completamente entregado. ¿No sabe usted, Claudio, que estoy a punto de enamorarme de Ernesto? Son los achaques de los treinta años, siempre funestos en las mujeres.

ERNESTO.—(Siguiéndole el tren). ¡Mágina es tan hermosa, tan majestuosa! ¿Le parecería extraño, en realidad, que yo, o cualquiera, estuviese enamorado de ella?

CLAUDIO.—(Con tono ligero e insinuante). Se ve que hace algún tiempo que no venía por aquí. (Bruscamente y haciendo ver que viene por ella). ¿No bajará Zarcillo?

MARGARA.—(Sombria). Luego la llamaré.

ERNESTO.—(Siguiendo la comedia convenida). Ya sé que usted creyó que yo frecuentaba antes la casa por ella. ¡Qué error! Eso no es una mujer: eso es una chiquilla.

CLAUDIO.—(Seguro de lo que dice). En verdad, que es todo lo chiquilla y lo añiada que puede ser una mujer. Cuanto tiene en el pensamiento lo suelta a todos los vientos. Y yo no me equivoco nunca.

ERNESTO.—Acaso ella pudiera ser su felicidad, amigo Claudio. (Mágina dirige a Ernesto una mirada cargada de sorpresa, de reproche, de angustia, pero al ser interceptada por Claudio deja ella abatir los párpados cansadamente sobre los ojos).

CLAUDIO.—(Con sonrisa irónica). ¿Vive usted siempre al lado?

ERNESTO.—Siempre; la quinta es nuestra.

CLAUDIO.—(Insinuante). En verdad que es una casa de ensueño. Me fijé al pasar por ella, que hay una glorieta maravillosa.

MARGARA.—(Haciendo ver que ha comprendido la pulla de Claudio). ¡Y tentadora! ¡Si usted la hubiera visto, alguna vez, a las dos de la mañana, cargada de rosas primaverales y bañana de blanca luna! ¡Qué cuadro, amigo Claudio, para un futuro escritor!

CLAUDIO.—(Grosero). ¡Y qué nido para una amatne rendida!

MARGARA.—¿Me la prestará usted alguna noche, Ernesto, ahora que fumo?

ERNESTO.—¿Piensa usted llevar a nuestro amigo Ochoa a escuchar el canto de los grillos?

CLAUDIO.—Es verdad que es lo único que sabría hacer al lado de Marga-
gara.

MARGARA.—Es usted, en efecto, un hombre de gran olfato. Se somete a la realidad de las cosas con una precisión maravillosa.

ERNESTO.—(*Mirando su reloj*). Esta vez los dejo de veras. Tengo un compromiso dentro de un cuarto de hora.

CLAUDIO.—Me es muy grata su compañía. Vaya a verme de vez en cuando. Necesito distraerme. A ver si nos hacemos una disparada en mi auto o el suyo hasta Mar del Plata en esta semana.

ERNESTO.—Cuando usted quiera me da un golpe de teléfono. (*A Marga-
ra*). Hasta pronto, Marga-
ra.

MARGARA.—(*Que lo acompaña a la puerta lateral izquierda, hablando
bajo*). No olvide lo prometido.

ERNESTO.—(*Bajo*). No olvido.

Márgara y Claudio.

(*Márgara toma un cigarrillo y se sienta a fumar en un sillón. Su actitud es
digna y a la vez un poco abandonada; fuma con gracia; Claudio la observa
con deseo*).

CLAUDIO.—(*A quien la sospecha nacida en la anterior escena, ha dado un
aire audaz*). Ha cambiado usted mucho.

MARGARA.—Usted también. ¿Y en qué nota mi cambio?

CLAUDIO.—No sé. Es el gesto; el vestido; el cigarro. Nunca la había
visto con los brazos desnudos.

MARGARA.—Yo tampoco le había visto la mirada que usted tiene hoy.

CLAUDIO.—¿Yo?

MARGARA.—Sí.

CLAUDIO.—¿Qué tengo en la mirada?

MARGARA.—Codicia.

CLAUDIO.—¿De quién?

MARGARA.—(*Se encoge de hombros*). Usted sabrá. (*Vuelve a fumar;
él se sienta frente a ella y la contempla en silencio, recorriéndola con los ojos,
fumando también; de pronto ella se levanta, tira el cigarro, va hacia él y le sil-
ba en el rostro, con indignación*). Usted pudo ser un día lo suficiente para ser
mi marido; nunca será lo suficiente para ser mi amante.

CLAUDIO.—(*Frío*). ¿Y eso a qué viene?

MARGARA.—(*Violenta*). ¿Y a qué vienen sus ojos? ¿Cree usted que la
intención hay que decirla? Pasa por detrás de ellos tan viva como un farol de
señales.

CLAUDIO.—(*Brutal*). Y si hubiera intención, ¿qué? ¿Tengo yo la culpa
de su cigarro y de su tobillo?

MARGARA.—(*Con desprecio*). Nunca fué usted tan débil a mi lado.

CLAUDIO.—Ni usted tan insinuante. ¿De qué se queja?

MARGARA.—No me quejo: observo.

CLAUDIO.—Observe.

MARGARA.—No podía usted dejar de ser hombre.

CLAUDIO.—Siempre he sido muy hombre.

MARGARA.—(*Reflexionando con amargura*). Sabe usted, que cada día compruebo más el abismo mental que hay entre uno y otro sexo.

CLAUDIO.—Acaso.

MARGARA.—No, no; su derecho no es mi derecho; su piedad no es mi piedad.

CLAUDIO.—Y deshaga usted el mundo.

MARGARA.—¿Para qué? Está bien así. (*Larga pausa*).

CLAUDIO.—(*Cáustico*). Conque muy poco para ser su amante y suficiente para ser su marido, ¿no?

MARGARA.—(*Tranquila*). Sí, totalmente al revés de lo que juzgaría un hombre. Un hombre razonaría: puede ser mi amante, no alcanzaría para ser mi esposa.

CLAUDIO.—Sin embargo, otro alcanzó a ser su amante.

MARGARA.—(*Veemente*). Y no lo hubiera hecho mi marido. Era demasiado grande mi locura, la verdad de mi corazón. Amé a un hombre por él mismo, sin preocuparme de su inteligencia, de su condición social, de su ambiente, de su educación; lo amé con inocencia, con sacrificio, a perderlo o ganarlo todo: eso sólo justifica en una mujer de alma honesta un amante. Un marido, en cambio, puede justificarlo la necesidad, el miedo a estar sola, el deseo de tener un compañero de minucias diarias... ¡bah!, cosas adocenadas.

CLAUDIO.—¡Muchas gracias.

MARGARA.—No hay por qué darlas. (*Larga pausa*).

CLAUDIO.—¿Quiere usted que le diga algo que la va a tocar a fondo?

MARGARA.—Diga.

CLAUDIO.—Usted es un sujeto herido, que quiere hacer de su herida, su fuerza.

MARGARA.—Se equivoca usted. Yo soy mucho más que una mujer: soy un ser humano. Y frente a usted, porque no lo necesito, soy un ser libre. ¡Y sabe de dónde me llega mi libertad? De no sentirme íntimamente ofendida por un acto de amor. Lo miro de igual a igual. Lo hablo de igual a igual. Lo juzgo de igual a igual. Me siento con derecho a preguntarle si usted se creyó digno, un día, de que yo llevara su apellido.

CLAUDIO.—Volvemos al apellido. Hace usted demasiado hincapié en ello. Vamos, MARGARA, mujer libre. Usted hubiera sido, con mucho gusto, mi mujer, mi honesta mujer, mi burguesa mujer.

MARGARA.—(*Entrando ya en el tono de discusión que va aumentando hasta culminar al fin de la escena*). ¡Nunca! Me hubiera humillado su presunción de hombre. Usted siempre se hubiera creído el limpio, el honesto que disculpa a un ladronzuelo, un hurto miserable. ¡Nunca!

CLAUDIO.—¿Y a qué hablar del asunto? Todo eso está muerto. Lo mató usted misma. Careció de habilidad, de tacto, para engañarme, para suavizar las cosas, para dorarlas. El desencanto, más que del hecho en sí, me vino de su actitud.

MARGARA.—Ya lo sabía: por eso la adopté. No quiero hacer la menor comedia ante el hombre destinado a amarme; me repugnaría aprovecharme de sus debilidades; por lo demás, soy lo suficientemente orgullosa para pretender que se me ame como soy.

CLAUDIO.—Nadie la amará.

MARGARA.—Mejor.

CLAUDIO.—Odio, curiosidad, afán de destruirla, de vencerla, de humillarla, sí; pero amor, ternura, ternura delicada de amante, no...

MARGARA.—¡Mejor! Me daré el lujo de ser el espectador desinteresado de lo que ocurre siempre entre una mujer hábil y un hombre tonto. Porque el hombre agradece inconscientemente la habilidad en la mujer, si esta habilidad le proporciona un placer cualquiera: físico o cerebral. ¿Cree usted que no lo comprendo?

CLAUDIO.—¿Sabe usted para qué le sirve la inteligencia a la mujer? Para deformarla. Acaba por ser una cosa híbrida, que no tiene ni el arrojo total, desenfrenado del hombre, ni el recato y la coquetería de la mujer, que son sus más fuertes armas. ¿De qué le sirve filosofar? Apenas si para romper sus ligaduras morales... No puede ser libre, sino separándose del amor, porque, ella filosofa, pero la naturaleza la carga con el hijo, ¿y a qué hablar? Después viene lo que no se comprende en una mujer libre, y es la ocultación, al propio hijo, de que es su madre; el negarle el derecho de llamarla por su nombre.

MARGARA.—Si eso hice, lo hice por los demás, por mí no, por los demás. Y he de ponerle remedio.

CLAUDIO.—Es que la vida no está hecha de nuestra vida, sino de la vida de los demás. ¿Cómo una mujer de su inteligencia no lo ha comprendido?

MARGARA.—Entonces hay que modificar la vida de los demás: nada tan tremendo como un hombre que se cree en la posesión de un derecho negado... La explosión de un derecho negado, puede hacer volar las montañas.

CLAUDIO.—Por lo demás, cuando una mujer razona con la libertad con que usted lo hace, no se la siente ya mujer... Se ve al camarada.

MARGARA.—¡Bah! ¡Usted acaba de salir de las cavernas!... Para mí, cuánto más grata y más noble me es su brutalidad de palabra de ahora, que su codicia carnal de antes!

CLAUDIO.—Sin embargo, entre un hombre y una mujer es más natural mi codicia de antes que todo este razonamiento inútil de ahora.

MARGARA.—(Desesperada por su incomprensión). ¡Hombre, hombre hasta la médula de los huesos!...

CLAUDIO.—¡Y usted tan lejos de la verdadera mujer, tan apartada, tan distante!

MARGARA.—¡Qué aberración!

CLAUDIO.—(Sin oírta, despreciándola por su fortaleza). ¿Sabe usted cuándo es sana la inteligencia en la mujer? Cuando le sirve para realizar sus gracias, sus condiciones naturales de mujer, cuando le ayuda a comprender que ha venido al mundo para amoldarse al hombre, y es en ella, atracción, encanto, mimo...

MARGARA.—(En un estallido de alegría, porque el mismo que la humilla, le presenta la ocasión de humillarlo). ¡Como en Zarcillo!...

CLAUDIO.—¡Acaso, sí; como un Zarcillo!

MARGARA.—(Gritando fuera de sí). ¡Zarcillo!... ¡Baja! (Sin darse cuenta del grito de ella y siguiendo su razonamiento). Porque, además, a esa edad el pensamiento todavía no ha deformado la naturaleza; no la ha torcido, no la ha manchado; la malicia, el cálculo no han nacido. Se puede tomar a una mujer y hacerla como uno la quiere y ordenarle la inteligencia, para hacerla más mujer. (Gritando más y en el deseo de arrojársela cuanto antes en los brazos). ¡Zarcillo! ¡Zarcillo!

Dichos, Zarcillo y Emilia.

ZARCILLO.—(Bajando la escalera, se detiene a mitad camino y asoma por la baranda). ¡Allá voy!

CLAUDIO.—¡Hola, Zarcillo!

ZARCILLO.—(*Saludándolo con la mano*). ¡Hola! ¡Buenas tardes!

CLAUDIO.—(*Gritando también él, desde abajo, y como para hacer rabiar a la otra*). Dime, Zarcillo, demonio rubio, ¿serías capaz de casarte conmigo?

ZARCILLO.—(*Acabando de bajar corriendo la escalera*). ¿Yo? ¡Ahora mismo! (*Claudio va a recibirla al pie de la escalera y se dan la mano; quedan así formando grupo*).

EMILIA.—(*Por lateral izquierda se acerca a Mágara, que está en primer término*). El señor Ernesto me entregó esto para usted y me dijo que se lo diera en sus propias manos. (*Le entrega un paquete de cartas atacadas con cinta*).

MARGARA.—Está bien. (*Sale Emilia*).

CLAUDIO.—(*Dándose vuelta*). ¿Qué hay?

MARGARA.—Nada; asuntos de Ernesto y míos.

CLAUDIO.—(*Que sigue al lado de Zarcillo*). ¡Ah! (*Mágara hace saltar entre sus manos distraídamente el paquete de cartas, la mirada lejana*).

T E L O N

ATILIO D. J. FRANCHELLI

CIRUJANO DENTISTA

DENTISTA DE LA ASISTENCIA PUBLICA

CONSULTAS:

De 9 a 11 y de 14 a 18

CORDOBA 2429

U. T. 7128, Juecal

ACTO TERCERO

Habitación en la que restan muebles, sin armonía distribuidos, como de pieza desalojada a medias para arreglar otras, y a donde se han traído muebles que sobran en las demás. Rica alfombra en el centro y lujosa araña. Un gran escritorio entre la puerta del foro y las de lateral derecha. Mesita tallada en el centro con recado de escribir. Sillones de cueros; cuadros en las paredes. En el fondo, a la izquierda, un gran ventanal de vidrio, cerrado y tapado por una lujosa cortina. A la derecha, foro, puerta comunicable con un corredor que corre paralelo a la escena de derecha a izquierda. Limita este corredor en último término, un jardín decorativo iluminado por focos esféricos descansando sobre columnas bajas. Bancos de mármol en el jardín. En lateral derecha, puerta de comunicación con el cuarto de vestir de Zarcillo, en lateral izquierda, otra que da acceso al cuarto de regalos. Las puertas de foro y lateral izquierda están cerradas con llave al levantarse el telón. En momento oportuno, a través del ventanal, vese el movimiento humano de una fiesta de bodas en el corredor y jardín. Es de noche.

Emilia, portero y Zarcillo.

PORTERO.—(*Golpea por la puerta del foro; Emilia da vuelta a la llave y entra con un estuche y una carta*). ¡Y no paran de llegar regalos!... El mensajero que trae ésto, tiene orden de entregarlo personalmente a la niña Zarcillo y aguardar respuesta. ¿Dónde está la niña?

EMILIA.—(*Señalando la puerta lateral derecha*). En ese cuarto, vistiéndose. Yo le avisaré. (*Golpeando*). ¿Se puede, niña Zarcillo? ¡Una carta para usted!

ZARCILLO.—(*Desde adentro*). Aguarda un instante.

PORTERO.—Tengo otros regalos, ¿los traigo aquí? En el cuarto de regalos va no caben.

EMILIA.—La señorita Mágina había dado orden de que no dejásemos entrar en esta pieza a nadie, sin embargo, ahora le preguntaré.

PORTERO.—Se ahorca bien la niña. ¿eh? Que el señor Claudio, según me informé, ha recibido, hace poco, una herencia de muchos pesos.

EMILIA.—Sin embargo, me temo que de este casamiento no salga nada bueno.

PORTERO.—Si es por el noviazgo corto, no alarmarse: es inútil mirar la fruta por fuera; hasta que no se la parte, no se sabe lo que tiene dentro.

EMILIA.—¡Con los caprichitos de la niña y el genio del señor Claudio!...

PORTERO.—Hasta ahora, ella es la que pilota. ¡Que salió con la suya!

EMILIA.—Es que si no es así, no se casa. Quiso el altar a su gusto, el cura a su gusto, el día a su gusto.

PORTERO.—Es toda una mujer, la niña Zarcillo.

EMILIA.—¡La hubieras oído lamentarse ante el señor Claudio, porque él no se quería casar por la iglesia!... ¡Armó un alboroto! Que a quien más

que a ella le correspondían los azahares, que la poesía, que el tul, que el vestido blanco! Vamos: lo envuelve como quiere.

PORTERO.—Pues, felicidad hecha, mujer, ni dudarlo.

ZARCILLO.—(*Por lateral derecha con calzado y viso blanco y peinador lujosísimo*). ¿Dónde está eso?

PORTERO.—Aquí, señorita. (*Le entrega la carta y el estuche, que Zarcillo abre*).

ZARCILLO.—(*Con displicencia*). ¡Ah!... ¿Dónde está la señorita Mágina?

PORTERO.—Atendiendo la gente.

ZARCILLO.—Dígale que la necesito.

EMILIA.—¡Niña Zarcillo: cuánto voy a sentirla! Usted era la alegría de la casa; para todo tenía una ocurrencia y la risa pronta; vamos a quedarnos muy triste.

ZARCILLO.—(*Con tono ligero*). ¡Emilia, nunca te he dado un abrazo y eso que ninguna sabe poner las medias como tú! ¡Ven! ¡Dámelo!

EMILIA.—¡Niña! ¡Que me va a hacer llorar!

ZARCILLO.—(*Abrazándola*). ¡Anda, anda! (*Tocándole con un dedo la mejilla*). ¡Lágrimas de cocodrilo!... (*Mirándose el dedo, alegre*). ¡Una lágrima! ¡Linda!... Vamos, la primera que esta noche alguien derrama por mí.

EMILIA.—Eso no: el niño Carlos ha llorado ya.

Dichos, Mágina, luego Claudio.

MÁRGARA.—(*Por la puerta del foro: vestida ya de negro para el casamiento, con sombrero. A Zarcillo*). ¡Pero criatura, qué haces aquí, aún en viso! (*A Emilia*). Cierra con llave. (*Emilia vuelve a cerrar con llave*).

ZARCILLO.—¡No tienen ya que ponerme más que el vestido y el tul; por favor! Déjame descansar un poco de esas infames mujeres: modistas y peinadoras, manicura... ¡No puedo más! Te hice llamar porque mamá me manda esto y me escribe... contéstale tú: yo no sabría qué decirle.

EMILIA.—Señorita: yo tenía que preguntarle si ponemos aquí los regalos que no caben en la otra pieza y dejamos que pase aquí la gente.

MÁRGARA.—¿Aquí?... ¡Es que esto está todo en desorden!

EMILIA.—Es fácil ordenarlo. Podemos poner las cajas sobre aquel escritorio. Yo me encargo de arreglar esto.

MÁRGARA.—(*Distraída*). Bien, bien; hazlo.. (*Sale la sirvienta por el foro, dejando la puerta cerrada, mientras Mágina y Zarcillo conversan. Emilia y el portero acarrean estuches de regalos y disponen armónicamente los sillones; traen algunas canastas de flores; tienen siempre cuidado de cerrar la puerta por donde entran*).

ZARCILLO.—Aquí tienes papel y tinta.

MÁRGARA.—(*De pie cerca de la mesita del centro escribe. Zarcillo está cerca de ella*). ¡No sé qué decirle!...

ZARCILLO.—Mágina mía: lo prometido, prometido. A empezar una vida nueva. ¡Y verás qué vida! Me desconocerás, Mágina. ¡Te juro que seré una excelente ama de casa; no hallarás en el mundo un nido tan original como el mío! (*Con tono ligero*). ¿No sabes que me han prometido un mono que es una maravilla?

MÁRGARA.—(*La mira con un poco de tristeza*). ¿También un mono?

ZARCILLO.—¡Sí, Mágina, sí; porque chicos no quiero, no quiero!

MÁRGARA.—Va bien: vestirás a tu mono de colorado, supongo, y lo llevarás contigo a pasear en tu auto, a él y a tu marido.

ZARCILLO.—¿No me has perdonado?...

MARGARA.—¡Te quiero!... *(Al portero que en estos momentos trajina).*
Dele esto al que trajo la carta. *(Le entrega un sobre cerrado).*

PORTERO.—En seguida.

EMILIA.—*(Mostrándoles una canasta de flores).* Acaba de llegar.

ZARCILLO.—¡Divina! ¡Divina!...

MARGARA.—No he tenido tiempo de ver nada.

EMILIA.—Hay regalos regios. *(Continúa arreglando).*

MARGARA.—¡Cuánta vanidad!

PORTERO.—*(Volviendo).* El señor Claudio quiere ver a la niña Zarcillo.

ZARCILLO.—¡No, no! Yo no estoy visible. No me ha de ver hasta que no tenga el tul puesto. Te llamaré para que me des los últimos toques... ¡Habla tú con él, mala, buena, mía! *(Le tira un beso y huye a su habitación).*

MARGARA.—*(Al portero).* Dígale al señor Claudio que estoy aquí, que venga. *(Vase el portero por el foro).*

CLAUDIO.—*(Entrando por el foro).* ¿Y Zarcillo? ¿No está aún lista?

MARGARA.—No quiere que usted la vea hasta que no tenga el tul colocado.

CLAUDIO.—Pero hay que apurarse; son ya las ocho y media: perdemos el tren.

MARGARA.—Estamos a un paso de la estación; yo creo que a las nueve habremos ya terminado con esto, porque supongo que después de la ceremonia toda ese gente se irá.

CLAUDIO.—Ya están avisados de que usted parte también esta noche. *(Pausa).* ¿Y ese viaje?

MARGARA.—Tengo deseos de cambiar de aire.

CLAUDIO.—*(Acercándose y dándole la mano con gran cordialidad).* ¿Amigos?

MARGARA.—¡Amigos!

CLAUDIO.—Usted es digna de toda la felicidad: alguien, que acaso sea más cuerdo que yo, se la ha de dar.

MARGARA.—Gracias.

CLAUDIO.—Acaso haga mal en complicar a Zarcillo e nmis extravagancias, pero lo hecho hecho está. ¿Me juzga usted mal?

MARGARA.—Cada uno es como es...

CLAUDIO.—Y no es ni mejor ni peor que otro...

MARGARA.—Sí; es diferente...

CLAUDIO.—*(Emilia se retira por lateral derecha).* ¿Conoce usted la filosofía que explica: un hombre se comió medio cordero, varias docenas de huevos, tres gallinas, veinte pasteles y no murió de una indigestión; murió de la picadura de un mosquito?

MARGARA.—¿Y eso a propósito de qué?

CLAUDIO.—A propósito de mi casamiento, del casamiento de todos. ¡Una etapa más!... ¡Una moneda tirada a cara o cruz!

MARGARA.—*(Interrumpiéndolo).* No olvide usted de insistir con esa gente que anda por ahí afuera, recordándoles que viaja esta noche. En cuanto ustedes se vayan no quiero atender a nadie.

EMILIA.—*(Entrando por lateral derecha).* La niña Zarcillo la llama...

MARGARA.—Atienda, Claudio.

CLAUDIO.—Hasta ahora; active eso. *(Vase foro).*

MARGARA.—En cinco minutos estaremos. (*Vase lateral derecha. Emilia da unos toques más al arreglo de la habitación; descubre la cortina que cubría el ventanal, quita llave a la puerta lateral izquierda y la abre, y vase por la puerta del foro, dejándola abierta. En el jardín pasea gente ataviada de gala y se ven convidados sentados en los bancos; de las puertas recién abiertas llegan risas y chácharas femeninas; los mozos pasan con bandejas*).

Chicas 1.^a, 2.^a y 3.^a

CHICA 1.^a—(*Asomando la cabeza por lateral izquierda*). Mira, Beba, aquí hay más regalos.

CHICA 2.^a—¡A ver!

CHICA 3.^a—(*Mirando un estuche*). ¿Es cristal?

CHICA 1.^a—Hazlo sonar.

CHICA 3.^a—¿No verá nadie?

CHICA 1.^a—¡No!

CHICA 3.^a—¡Es cristal?

CHICA 2.^a—¿Y esto?

CHICA 1.^a—Un revólver.

CHICA 2.^a—¡Ay, qué miedo! ¿Cargado?...

CHICA 3.^a—Este debe ser un regalo de Ernesto.

CHICA 1.^a—¡Entonces con seguridad que está cargado y la bala es... para Zarcillo!...

CHICA 2.^a—No digas tonterías. ¡Qué se le puede importar a Ernesto de Zarcillo! Tiene las mujeres que quiere.

CHICA 1.^a—¿A que no sabes qué he visto en el jardín?

CHICAS 2.^a y 3.^a—¿Qué? ¿Qué? ¡Dí!

CHICA 1.^a—Se lo diré a cada una por separado, en el oído. (*Se acerca a cada una y le habla al oído; las tres se rien alocadamente*).

CHICA 2.^a—Eso es invento tuyo.

CHICA 3.^a—Yo lo creo.

CHICA 1.^a—¡Pobres!

CHICA 2.^a—(*Mirando otro estuche*). ¡Oh, oh, perfume; y de lo mejor! ¡Qué bien le viene a la novia!

CHICA 1.^a—Pues yo, si un día me caso, me voy a hacer dar masajes perfumados tres meses antes.

CHICA 3.^a—(*Con sorna*). ¡Oriental!

CHICA 1.^a—Estoy convencida de que una piel suave es el mejor antídoto contra el divorceio.

CHICA 2.^a—Estoy muy bien aleccionada.

CHICA 1.^a—Tan aleccionada como tú; no te hagas la boba.

CHICA 2.^a—¿Saben lo que leí el otro día en una revista, en Consultorio Femenino?

CHICAS 2.^a y 3.^a—¿Qué?

CHICA 2.^a—Una lectora preguntaba si se podría poner camisa negra el día de su boda.

CHICA 1.^a—¡No digas!

CHICA 2.^a—¡Te juro!

CHICA 1.^a—¿Qué harías tú si fueras hombre y, debajo del vestido blanco de bodas, encontraras que tu novia llevaba una camisa negra?

CHICA 2.^a—¡Yo, la mato!

CHICA 1.^a—Claro: la mato por zonza. ¡Qué falta de sentido común! ¿Cómo se le podría llamar a una mujer que hace eso?

CHICA 3.^a—Una precipitada.

CHICA 2.^a—O una espontánea. (*Se ríen*).

CHICA 1.^a—Eso sólo se tolera en una amante...

CHICA 3.^a—O en una casada, después de un tiempo de casada.

Dichos y Ernesto, Rodríguez; luego un joven.

CHICA 1.^a—(*A Ernesto que entra por la izquierda*). ¡Hola, hola, irresistible! ¿Cómo se dejó soplar la novia?

ERNESTO.—Zarcillo nunca fué novia mía.

CHICA 1.^a—Casi novia.

RODRIGUEZ.—(*Que venía detrás de Ernesto*). ¿Novia? ¿Quién?...

CHICA 3.^a—Zarcillo de Ernesto.

RODRIGUEZ.—Se explica: Zarcillo es de esas mujercitas que los hombres llamamos peligrosas.

UN JOVEN.—(*Asomando por el foro*). Beba, Elisa: llegó el cura.

CHICA 2.^a—¡Ay, qué emoción!

RODRIGUEZ.—¿Está emocionada?

CHICA 2.^a—Los casamientos me impresionan siempre. Es el aparato, lo que me impresiona.

UN JOVEN.—¡Vengan, chicas!

CHICA 1.^a—¡Cuidado con los comentarios!

CHICA 2.^a—¡Hasta luego!

CHICA 3.^a—Ya vamos, Quico. (*Salen y el joven váse con ellas por el corredor*).

Ernesto, Rodríguez, Celina y Mágina.

RODRIGUEZ.—¿Qué le parece este casamiento?

ERNESTO.—Como cualquier otro.

RODRIGUEZ.—¡Lo que hace un hombre maduro por conseguir una fruta fresca!

ERNESTO.—Menos mal, cuando, como en este caso, consigue lo que buscaba.

RODRIGUEZ.—“Zonzo el cristiano macho, cuando el amor lo domina”.

ERNESTO.—(*Sentándose*). ¿Y Celina?

RODRIGUEZ.—Anda por ahí con un grupo de amigos viendo los regalos.

ERNESTO.—Muy buenos, pero acaso no tanto como los de su casamiento; aquéllo sumaba una fortuna.

RODRIGUEZ.—Y Celina me ha perdido, en estos días, un par de gemelos maravillosos, regalo de mi socio...

ERNESTO.—¿Y cómo fué eso?

RODRIGUEZ.—Dejó olvidada la cartera en una confitería mientras los llevaba a la joyería a hacerlos arreglar.

ERNESTO.—Poca suerte...

RODRIGUEZ.—¡Algo superior!... Con dos brillantes de primera agua, tan grandes como los de su pechera.

ERNESTO.—¿Como los de mi pechera?

RODRIGUEZ.—Así,

ERNESTO.—¿Hace mucho de esto? *(Queda con una expresión preocupada)*.

RODRIGUEZ.—Unos quince días.

CELINA.—*(Por la izquierda)*. ¡Maridito, te andaba buscando! ¿Cómo está Jiménez? ¿Ha venido recién?

ERNESTO.—Sí, hace poco, he tenido un día muy ocupado. ¿Me permite, Rodríguez, que le diga a su mujer que está muy elegante?

RODRIGUEZ.—Ella se lo va a agradecer mucho.

ERNESTO.—Y le sienta muy bien estar más delgada; verdad que van para cuatro meses que no la veía.

CELINA.—¿No me nota cambiada?

ERNESTO.—Acaso, un poco...

CELINA.—*(A su marido)*. Le digo el secreto. *(Rodríguez se sonríe)*. ¿Ve?... Me he depilado las cejas.

RODRIGUEZ.—Ahí me ha tenido una hora hoy, con unas pinzas, arrancándole las cejas. ¡Y ha lloriqueado, eh!, porque eso duele. ¡A mí no me di-

CELINA.—¡Ay, qué gracia con la comparación! ¡Oh, cuántos regalos que yo no había visto! ¿Por qué no la llamas a Elena y le dices que venga a ver esto?

ERNESTO.—*(Adelantándose y para evitar la imprudencia de Celina)*. Iré yo en su busca; no se moleste, Rodríguez.

RODRIGUEZ.—No, deje, yo iré. *(Sale por el foro)*.

CELINA.—*(Mirando a todos lados, pasa por delante de Ernesto y deja caer delante de él un papel)*. Recoge eso; lo traía por si no te hubiera podido hablar... ¡Fíjate bien en lo que te digo y no faltes, infame! Dos horas te esperé el sábado. ¿Por qué no fuiste?

ERNESTO.—No pude. Además hay que ser prudente. Te arriesgas demasiado.

CELINA.—Lo hago por ti. ¿Me lo reprochas?

ERNESTO.—No tienes sentido de la medida.

CELINA.—¿Y eres tú el que te quejas de ello?

ERNESTO.—¡Y tienes cada audacia! ¿De manera que has hecho montar un par de gemelos de tu marido para regalarme estos botones?

CELINA.—¿Quién te ha dicho?

ERNESTO.—Lo he comprendido.

CELINA.—Tú no tienes piedad de mí; no me entiendes: haría cualquier sacrificio por ti y me tratas con una crueldad espantosa. *(En ese momento Mágina sale de la puerta lateral derecha y pasa por la escena, sin hablar; dirige una mirada aguda, de comprensión a ambos, desapareciendo por lateral izquierda)*.

ERNESTO.—*(Después que Mágina ha desaparecido)*. ¡Y tú me harías de celos!

CELINA.—¡Pero es que eres terrible! ¡Todas las que ves quieres!

ERNESTO.—¡Cosas tuvas!... Supongo que, por lo menos, se te habrán terminado los celos con Zarcillo.

CELINA.—¡No! ¿Crees tú que no sospecho que Zarcillo ha sido tu amante? ¿Crees que imagino que porque se casa, todo queda terminado entre ustedes? ¡Buena pieza es Zarcillo!

ERNESTO.—No sabes lo que hablas. Como yo sepa que tú hubieras hecho a alguien la menor insinuación de lo que piensas, te juro que no me ves más

la cara. ¿Te agradecería que los demás se informaran de lo que pasa entre nosotros dos?

CELINA.—¡Dilo, dilo! ¡Si no, soy yo la que lo digo primero a gritos! (Márgara, sin hablar, vuelve a pasar de lateral izquierda a derecha).

ERNESTO.—¡Tú eres loca!

RODRIGUEZ.—(Por el foro). No la encuentro por ninguna parte. Vamos, vamos, que se está formando el cortejo. (Caminan hacia el foro).

Dichos, Chicas 1.^a, 2.^a, 3.^a, Zarcillo y Márgara.

CHICA 1.^a.—¡Unos van y otros vienen!

CELINA.—¿Vieron ya a la novia?

CHICA 2.^a.—Todavía no; estamos muertas de curiosidad.

RODRIGUEZ.—Van a pasar por el corredor; vamos a situarnos. (Salen Celina, Ernesto y Rodríguez por el foro, yendo hacia la derecha).

CHICA 1.^a.—¡Zarcillo!... ¡Zarcillo!... (Golpeando lateral derecha). Nos han dicho que estás aquí.

ZARCILLO.—(Entreabriendo la puerta sin dejarse ver). ¡Ya estoy vestida, y estoy preciosa!

CHICA 2.^a.—¡Ya lo imaginamos! ¡Queremos verte!

ZARCILLO.—Lo único que puedo enseñarles es el pie... (Lo saca por la puerta).

CHICA 3.^a.—(Tomándose). Ahora no te dejamos ir... Te queremos ver antes que nadie, no puedes negarle eso a tus mejores amigas.

ZARCILLO.—Suéltame. (Forcejea para retirar el pie, pero se lo mantienen sujeto entre todas).

CHICA 2.^a.—Sal, un instante. ¡Déjate ver!

CHICA 3.^a.—Yo no te suelto.

ZARCILLO.—Pero allí está abierto; me van a ver los demás...

CHICA 1.^a.—¡Cierra, cierra todo! (Chica 2.^a cierra todas las puertas y corre la cortina del ventanal).

CHICA 2.^a.—Está todo cerrado... Sal.

ZARCILLO.—¿De veras? (Asoma la cabeza y ve que está todo cerrado). Aquí estoy. (Sale).

CHICA 2.^a.—¡Ay, qué rica estás!

CHICA 1.^a.—¡Qué bien hueles!

CHICA 3.^a.—¡Adorable!

CHICA 1.^a.—Una muñeca.

CHICA 2.^a.—¡Déjanos ver las ligas!

CHICAS 1.^a y 3.^a.—¡Sí, sí, las ligas!

CHICA 2.^a.—(Alzándole el vestido). ¡A ver, a ver!

ZARCILLO.—Pues aquí están. (Haciéndolas sonar). De terciopelo blanco. Lindas, ¿eh?

MÁRGARA.—(Entrando por el cuarto de Zarcillo). ¿Pero qué haces? ¡Qué criatura imposible! ¡Sólo faltas tú, mujer!

CHICAS 1.^a y 2.^a.—¡Y nosotras!...

MÁRGARA.—¡Vamos de una vez! (La toma de un brazo y la introduce por lateral derecha).

ZARCILLO.—(Al irse). ¡Vengan, vengan por aquí!

CHICAS.—No; te alcanzaremos por el corredor. (Salen todas por el foro y dejan abierta la puerta yéndose apresuradamente hacia la derecha; se ven pasar otros invitados por el corredor, de izquierda a derecha; al despejarse de

gente se ve, en el corredor, a tres mozos de café que forman grupo cerca del foro).

Mozos 1.º, 2.º y 3.º

MOZO 1.º—(Observan un momento lo que ocurre a la derecha, interior, donde se realiza la ceremonia). Ya se casan. ¡Ea! ¡Por fin! ¡Cómo traga la gente de los casamientos!

MOZO 2.º—(Entrando a escena). Avisame tú si viene alguien, que me quiero sentar un rato, porque estoy reventado.

MOZO 1.º—(Entrando también). Yo también lo estoy.

MOZO 3.º—(Desde el corredor). Pues yo espiaré desde aquí.

MOZO 2.º—(Aclucándose en un sillón con las piernas colgantes por encima de los brazos). Comprendo cómo a los ricos no les salen callos en las asentaderas.

MOZO 3.º—A ti en cambio te van a salir en la barriga, porque siempre estás tumbado de boca.

MOZO 2.º—Pero no sobre estos cojines, que han de ser muy malos consejeros.

MOZO 1.º—Para ti, cualquiera es bueno.

MOZO 3.º—¡Si estos cojines o los de cualquier casa de éstas hablan!...

MOZO 2.º—¡Pues lo que es de la novia ésta, buenas cosas habían de decir!...

MOZO 1.º—(Acercándose). ¡Vamos! ¡Suelta ya el entripado!

MOZO 2.º—¡Que mi hermana Irene ha sido mucama de los Jiménez, que viven aquí al lado; y la niña esta del vestido blanco, pues, a la madrugada, se pasaba al jardín del vecino y en una glorieta que hay allí, ocurrían las cosas más sabrosas del mundo!

MOZO 3.º—¡Eso te extraña? ¡Si habrán visto cosas estos ojos, por tantas casas que anduvieron!

MOZO 2.º—¡Para hacer novelas! ¡Por algo las casas tienen paredes!...

MOZO 3.º—Yo he visto a una señora de cincuenta años tener amores con el enfermero de su marido moribundo, al que conocía desde una semana... Pues basta estarse un día en la mesa de una confitería a donde concurren papajitas para darse cuenta de cómo andan las cosas...

MOZO 2.º—Lo más chistoso del caso de esta noche, es que el marido de la niña, según oyó mi hermana Irene, se ha pasado la vida buscando una mujer que no conociera hombre... ¡Y ha caído con la más viva!

MOZO 1.º—¡Cuando las barbas del vecino veas afeitarse!... ¡Mira: ten cuidado con tu novia!

MOZO 2.º—¡Zopenco! ¡Aun cuando me veas sirviendo, yo no soy un asno, y entre servicio y servicio me lo paso quemándome las pestañas, y creo que la mujer es de carne y hueso como el hombre, y estoy casi seguro que mi novia ha besado otros hombres y sabe Dios qué cosas le habrán ocurrido!

MOZO 1.º—¡Vamos! ¡Te felicitamos por el estómago!

MOZO 2.º—Pues felicitense al mismo tiempo ustedes; quieran que no.

MOZO 1.º—Entonces, ¿según tú, no hay mujeres honradas?

MOZO 2.º—Sí, las hay, ¿cómo no ha de haberlas? Pero... ¡a pescarlas! Yo no quiero tomarme tanto trabajo. ¡La mujer para que nos cuide la casa y nos tenga pronto el puchero, y suficiente con que nos sea fiel estando a nuestro lado, y a no pedirle más!...

MOZO 1.º—Pues si el mundo estuviera como tú dices, mira: de un tajo debieran partirlo.

MOZO 2.º—De eso se trata. Pero eso no lo harás tú nunca porque tienes pasta de esclavo; ¡ea! Se te llena la boca de alegría cuando dices “niña” o “señor”.

MOZO 1.º—¿Y tú por qué sirves si tienes tantos humos? Debieras ser ya jefe de la revolución social, por lo menos, y tirar el delantal blanco al servicio e irte por allí a que te empalen.

MOZO 2.º—¡Ya me has de ver un día con la lengua afuera en una de esas plazas, aguarda!

MOZO 1.º—Harás el favor de tomarte una buena purga antes; las lenguas sucias son feas aunque sean de un revolucionario.

MOZO 2.º—Para chistes, eso sí, no hay quién te gane.

MOZO 1.º—¡Sí: me ganas tú; porque tú eres el chiste! ¡Mira que meterle a regenerador con una bandeja en la mano!

MOZO 2.º—Tienes muy mal concepto del oficio de que vives; en eso te parecen a ciertas mujeres...

MOZO 3.º—*(Que de vez en cuando se ha levantado a mirar por el foro)*. ¡Vienen, vienen! *(Se desbandan por lateral izquierda)*.

Márgara, Zarcillo, Celina, Chicas 1.ª, 2.ª y 3.ª, Claudio, Ernesto, Rodríguez, Carlitos, Un invitado, Un joven, señoras y señores que se mezclan a ellos, en grupos diversos, sin hablar, luego Emilia.

ZARCILLO.—*(Rodeada de amigas que la besan y amigos que le dan la mano)*. Por favor, que me ahogan; que soy una sola mujer.

CELINA.—*(Melosa)*. Que sea usted muy feliz, Zarcillo.

ZARCILLO.—Eso procuraré.

ERNESTO.—¡Y por muchos años!

ZARCILLO.—¡Ah, en cuanto a eso no pienso pasar de los cuarenta; de aquí a allá tengo tiempo para ver el mundo.

RODRIGUEZ.—Es usted una novia encantadora; su marido debe estar orgulloso de usted.

ZARCILLO.—¿Mi marido? ¡Oh, es verda que ya tengo marido; procuraré no olvidarlo!...

CHICA 1.ª.—*(Besándola)*. Zarcillo: debes guardar la compostura de una persona casada.

ZARCILLO.—Te aseguro que por dentro estoy más seria que una llave.

CHICA 2.ª.—A pesar de tu genio loco, temblabas, eh? Y tenías los ojos llenos de lágrimas.

BARCILLO.—Mira, mira un vestido todo perlado de llanto, como diría un poeta.

UN INVITADO.—*(Con tono melancólico y solemne)*. Ha dado usted el paso más grande la vida, Zarcillo; sea usted como esposa, tan pura como esos azahares.

ZARCILLO.—*(Tentada y conteniéndose)*. Si usted me lo aconseja, le juro que seguiré al pie de la letra sus sesudas palabras...

CLAUDIO.—*(Que entra por el foro con Márgara y otros invitados)*. No hay que empezar tan pronto a robarme mi mujer, Zarcillo. Casi no he podido verte.

ZARCILLO.—Aquí estoy. *(Hace un gracioso movimiento de maniquí y se adelanta a él)*. Márgara, ¿puedo darle un segundo beso a mi marido? *(Már-*

gara le contesta con un movimiento de cabeza). Señor esposo: béseme usted la frente mía, que es suya. (*Claudio la besa y todos comentan y aplauden la escena*).

CARLITOS.—(*Entrando foro*). ¡Yo también quiero besarte, Zarcillo!

ZARCILLO.—¡Carlitos! ¡Carlitos! (*Rompe a llorar sobre la cabeza del niño*).

CARLITOS.—Zarcillo, mi compañerita se va...

ZARCILLO.—Pero volveré.

CARLITOS.—Nosotros no te veremos ya, porque estaremos en viaje a Europa...

ZARCILLO.—Pero cuando vuelvas te veré, y estarás hecho un hombre grande y juicioso; y no reñiremos ya, Carlitos querido.

CLAUDIO.—(*Mirando su reloj*). Nos falta solamente un cuarto de hora para que el tren salga; rápido Zarcillo, a vestirte...

MARGARA.—¿Un cuarto de hora? Entonces no hay tiempo.

CLAUDIO.—Te sacas el velo, te pones un abrigo sobre el traje blanco, te cambias en el tren.

MARGARA.—Sí, sí, vamos, rápido. (*A Carlitos que los sigue*). No, quédate aquí, no nos hagas perder tiempo.

ZARCILLO.—(*Saludando a todos con la mano*). Hasta luego, hasta luego; con permiso, amigos míos.

MARGARA.—Con permiso. (*Entran Claudio, Marga y Zarcillo por lateral izquierda. Carlitos se acerca al ventanal de vidrio y queda de espaldas con la cara pegada al vitraux y semiperdido detrás la cortina*).

ERNESTO.—Será prudente que nos vayamos cuanto antes porque Marga sale de viaje también esta noche.

CHICA 1.^a—Un casamiento sin música como éste, es un poco fiambre.

CELINA.—¿Si no iban a bailar para qué música?

CHICA 2.^a—Es que me parece que, por lo menos, la marcha nupcial, debieron tocarla.

ERNESTO.—Marga no quiso, por temor de que se quedaran a bailar, cosa que, habiendo orquesta, hubiera ocurrido.

CHICA 1.^a—¡Verdad que odia al baile; vaya una mujer particular Marga! (*Parte de los invitados van saliendo unos antes, otros después, por el foro hacia el corredor, hacia la izquierda y derecha*).

CELINA.—Yo todavía no comprendo bien el vuelco de Ochoa; cuando todos creíamos que el casamiento era con Marga, nos hallamos con que la casada es Zarcillo.

INVITADO.—(*Con el mismo tono melancólico de antes*). ¡Es que la vida es un misterio, señora, un grave misterio!...

CELINA.—(*Con sorna*). Como el de la Santísima Trinidad, ¿no es cierto?

INVITADO.—(*Solemne*). O el del movimiento del mar: ¡flujo y reflujo!...

UN JOVEN.—(*Con sorna*). Y no para nunca...

INVITADO.—¡Nunca! Por eso dipo Shakespeare, de la mujer: ¡Pérfida como la onda!

CELINA.—¡Porque se mueve siempre!... ¡Claro!

JOVEN.—¿Quién, ¿la mujer o la onda?

INVITADO.—Se mueve la onda y se mueve la mujer; cada una en su esfera.

CHICA 3.^a—(Que estaba asomada en el foro formando grupo). Ahí escapan los novios.

CHICA 1.^a—¡Vamos a despedirlos!

RODRIGUEZ.—¡Hay que atajarlos en la puerta!

CELINA.—¡Vamos por el jardín!

CHICA 1.^a—(Gritando): ¡Cuidado Zarcillo con que pierdas una chinela. (Salen todos por el foro y corren hacia la derecha; por el corredor de izquierda a derecha pasan otros grupos que gritan saludos de): ¡Adiós! ¡Hasta pronto! ¡Que sean felices! ¡No escapen así! (Carlitos permanece en la misma abstracción, de espaldas y Emilia que entra por lateral derecha le toca un hombro).

Carlitos y Emilia.

EMILIA.—Niño Carlitos, ¿qué hace?

CARLITOS.—¡Déjame!

EMILIA.—¡Vamos, no llore más!... No esté triste... La niña Zarcillo va a volver pronto.

CARLITOS.—Ya sé que volverá, pero nosotros no.

EMILIA.—Quizás la alcancen a ver cuando vuelva del viaje de bodas.

CARLITOS.—No; cuando ella vuelva, ya estaremos en viaje para Europa.

EMILIA.—La señorita Mágina no quiere llevarme, ¿por qué?

CARLITOS.—Sabes bien que no quiere llevar a nadie de la casa.

EMILIA.—Tampoco quiere que la acompañe esta noche hasta la quinta.

CARLITOS.—Eso está tan cerca; apenas hora y media de tren.

EMILIA.—Pero, ¿cómo se ha de ir sin una mucama?

CARLITOS.—En la quinta hay gente de servicio.

EMILIA.—¡Pero es tan extremada, la señorita Mágina, en sus gustos!

CARLITOS.—¡Qué sé yo!

EMILIA.—No esté triste, niño Carlos, también usted un día se va a casar.

CARLITOS.—Yo no estoy triste porque Zarcillo se case; estoy triste porque sí.

EMILIA.—Es muy chico para estar triste.

CARLITOS.—¿Te parece? A los 14 años otros se ganan ya la vida, ¿y yo qué hago?

EMILIA.—Ya hará. (Pausa).

CARLITOS.—¿Jugabas tú con botes de papel cuando eras chica?

EMILIA.—¡Vaya!

CARLITOS.—¿No te apenaba verlos tumbarse y hundirse?

EMILIA.—No me acuerdo.

CARLITOS.—Pues yo, sí me acuerdo.

EMILIA.—Es que usted es una luz: como todos los de esta casa.

(Pausa).

CARLITOS.—¿Alcanzaste a conocer a mi madre, Emilia?

EMILIA.—No; su madre murió en Europa; además hace apenas cuatro años que sirvo aquí.

CARLITOS.—Pero como tu padre fué criado nuestro...

EMILIA.—Asimismo él entró a la casa después que el padre de la señorita Mágina, ¡que Dios tenga en su santa gloria!, regresó de su último viaje a Suecia.

CARLITOS.—Allí naef yo... hubiera querido conocer la cara de mamá; aquí no hay ningún retrato.

EMILIA.—Acaso en este viaje la señorita Márgara lo lleve a ver a sus suyos.

CARLITOS.—A eso vamos. (*Larga pausa. Como reflexionando consigo mismo*). Al chico todos lo engañan.

EMILIA.—¿Qué?

CARLITOS.—¿Recuerdas haber tenido miedo cuando eras chica, Emilia? ¡De noche al despertarse, qué terror! Yo me acuerdo de haber visto sobre mi cómoda la momia de un indio. Lo dije y me respondieron que tenía lombrices. Pero a la momia la ví, ¡vaya si la ví! y la impresión de terror me duró muchos días. Pero un grande te dice: ¡No "debes", no "debes" tener miedo! y si lo tienes te dan un castigo.

EMILIA.—Porque al niño hay que educarlo.

CARLITOS.—¡Claro, qué gracia! Como el niño no puede educar al grande, es el grande quien educa al niño. ¡Y si, por ejemplo, a un niño le repugna una comida, se la dan todos los días para que pierda la repugnancia; y la eriatura no pierde la repugnancia, solamente que tiene miedo y come!

EMILIA.—¿Y los grandes ¿Cree usted que no comemos lo que no nos gusta?

CARLITOS.—Si yo fuera mayor, no sería tan cobarde.

EMILIA.—¿Cuando usted sea grande!... Ah, yo le tendría un poco de miedo...

CARLITOS.—¿Te he pegado alguna vez?

EMILIA.—No, pero me ha mirado...

CARLITOS.—¡Bah, el chico... está en la casa; no hay nada que se le escape, pero nadie se da cuenta de eso. Ocorre como en la escuela...

EMILIA.—¡Ah, sí!... ¿Qué ocurre?

CARLITOS.—Mira: Yo tenía un compañero que no podía aprender aritmética. A mitad del año cambiamos de profesora y la nueva le enseñó en 15 días lo que no había podido aprender en seis meses.

EMILIA.—Buenos reglazos le daría.

CARLITOS.—No; mi compañero tenía una manía: atrapar cuanto bicho pasaba cerca: lagartijas, mariposas, gatos. Se ponía como loco al verlos. Yo estaba entonces en una escuela modelo y teníamos las clases en un jardín, al aire libre.

EMILIA.—¿Pues poco trabajo tendría la señorita con el niño!

CARLOS.—A la primera profesora la tuvo loca: no conseguía hacerlo quedar quieto, se pasaba el tiempo sin atender, cazando moscas; pero a la nueva maestra se le ocurrió dejar que hiciera lo que quería. Siempre andaba con un pichón de pájaro en los bolsillos, pero no le hacía daño: lo acariciaba, ¿me crees? Así, teniendo un bicho cualquiera, cerca o en las manos, comenzó a aprender.

EMILIA.—Todos hemos sido niños y todos hemos tenido que obedecer... ¡Buen locuero sería el mundo si también los chicos quisieran mandar!

EMILIA.—¿Tampoco está satisfecho de los cuentos?

CARLITOS.—(*Grave*). Sobre todo a mí, me han contado uno lindo, un precioso cuento...

EMILIA.—¿Le habrán contado tantos!

CARLITOS.—Pero uno, uno sobre todo... (*Larga pausa*). Emilia: ¿no sabes nada de mí? ¿No sabes por qué mi padre y mi madre, no están a mi lado, como le ocurre a todos los demás?

EMILIA.—¡Pero, niño Carlos, si su madre ha muerto!

CARLITOS.—¿Y mi padre también?

EMILIA.—En verdad, no sé...

CARLITOS.—¡Ahí sí lo que pienso fuera cierto!

EMILIA.—¿Qué piensa?

CARLITOS.—No, no quiero decirlo. Si lo que pienso fuera cierto...

¡Ay, sería tan feliz y tan desgraciado! ¡Cuánto lloraría! (*Durante toda esta escena se ha visto pasar gente con abrigo de calle y sombrero por el corredor, de derecha a izquierda, a través de la puerta del foro entreabierta*).

Dichos y Máginara.

MARGARA.—(*Entra lateral izquierda sin sombrero. A Emilia*). ¿Están listas mis cosas?

EMILIA.—Todo está listo, señorita.

MARGARA.—Apágame todas esas luces de afuera. ¡Déjame la menor cantidad de luz, me irrita!

EMILIA.—Descuide, señorita.

MARGARA.—(*Vuelve a pasar nerviosamente; de pronto se abalanza sobre la cortina del ventanal y lo corre; abre éste de par en par; por la gran abertura, como racimos luminosos, se ven los grupos esféricos de luces; luego abre de par en par las puertas. Se apagan en ese momento las luces del jardín. Apaga ella misma la lujosa araña de la sala y una tenue claridad lunar invade la habitación*). ¡Por fin! ¡Por fin se respira! ¡Aire, aire, aire puro! (*Arrastra un sillón hacia el ventanal y se deja caer en aquél, la cabeza hacia atrás; la palidez lunar le afina la cara, desangrada ya por las emociones de la noche*).

CARLITOS.—¿Qué tienes, Máginara?

MARGARA.—¡Cansada de tanta gente, de tanto ruido, de tanto perfume, tabaco, flores, estupideces!...

CARLITOS.—Yo también estoy cansado.

MARGARA.—Ven, siéntase aquí, cerca; arrima un taburete.

CARLITOS.—(*Sentándose a sus pies*). ¿Así?

MARGARA.—Así. (*Larga pausa*).

CARLITOS.—Se fué Zarcillo.

MARGARA.—Sí, se fué...

CARLITOS.—Ahora estamos más solos; tengo que quererte más. (*Pausa*).

MARGARA.—¿Tienes tú alguna idea del mundo, Carlitos?

CARLITOS.—Sí, la tengo.

MARGARA.—¿Cómo lo ves? ¿Qué es para ti el mundo?

CARLITOS.—Mira: yo tengo una idea para mí, pero no te la sabría explicar... Me parece como si el mundo fuera una cancha de juego, donde todos quisieran ganar.

MARGARA.—¡Sí, todos quieren ganar! ¡Pobres los hombres! ¡No son culpables de nada. ¡El más miserable de los hombres es inocente! No; tú no puedes comprender aún. Son bajos, son oscuros, viven sumidos en acciones turbias, pero son inocentes!

CARLITOS.—Enséñame tú a comprender: sólo te tengo a ti.

MARGARA.—Tú eres ya casi un hombre, Carlitos; confío en tu corazón. Tengo esta noche la boca llena de palabras que me la quemán. No quiero que pase un solo instante más sin que sepas una verdad grave, terrible, de la que depende toda mi vida. Y tengo miedo de hablar, miedo de que no me comprendas, miedo de que no me quieras, miedo de herirte, de asustarte, de alejarte de mí en vez de acercarte más.

CARLITOS.—No, dime, habla; ¡por favor, no tengas temor!, casi sé lo que vas a decirme...

MARGARA.—¿Casi lo sabes?

CARLITOS.—Tengo 14 años ya, Mágina. ¡Lo comprendo todo, casi todo; sí, Mágina, uno va al cine, lee diarios, novelas; oye lo que pasa en la casa de los demás: ¡imagina!, ¡piensa!...

MARGARA.—Dame, dame un abrazo apretado, largo, que no se acabe nunca. (*Carlitos se abraza a ella sollozando; Mágina lo sienta en su falta y lo balancea apasionadamente; luego acerca la boca a su oído y le dice de un modo entrecortado, vacilante, ardiente*). Carlitos, Carlitos mío: hace catorce años que te miento, catorce años que te engaño, catorce años que te niego, de noche cuando te acuestas, de mañana cuando te levantas, la dulzura de llamarme por mi nombre. Eres mío, mío. Mi sangre es tu sangre, mi carne tu carne... Te he mentido, perdóname. Oye... Oye... Yo soy tu madre. Yo misma.

CARLITOS.—(*Lloroso*). Lo imaginaba, lo sospechaba; pero no me atrevo a preguntártelo; dudaba a ratos; no quería creer que me hubieras mentido y, sobre todo, tenía temor, temor yo también de que no sé qué...

MARGARA.—Temor, ¿temor acaso de que yo fuera tu madre?

CARLITOS.—Sí.

MARGARA.—¿Por qué?

CARLITOS.—No sabría decírtelo.

MARGARA.—¿Entonces no me quieres?

CARLITOS.—Te adoro; pero tú comprenderás: todo esto me pone triste; me habías dicho otras cosas, me habías hecho creer en personas desconocidas... no te podría explicar bien esto. ¡Pero te adoro! ¡Eres tan buena! A nadie podría querer más que a ti...

MARGARA.—Yo te aclararé: tengo que aclararte muchas cosas con calma, con precisión: quiero que te formes una idea real de la vida, de la verdad de la vida; no de sus apariencias.

CARLITOS.—¿Eso deseo! No soy ya un niño, no pienso como un chiquilín... (*Se desprende de los brazos de ella y se levanta*). ¿Cuándo nos iremos?

MARGARA.—Con el primer vapor.

CARLITOS.—(*Pensativo*). Otras gentes...

MARGARA.—Sí, otras gentes; otras vidas, otros modos de verla, de sentir-la, de realizarla...

CARLITOS.—A Europa...

MARGARA.—Y de allí a ver el resto del mundo. Hay que verlo todo, pensarlo todo, compararlo todo, estudiarlo todo, comprenderlo todo.

CARLITOS.—Iré contigo donde quieras.

MARGARA.—¿Si tú supieras qué estrecha es el alma del hombre y qué grande, qué dulce, qué ancha la vida misma! (*Se levanta y acerca al ventanal*). Mirá: allí hay un río, y detrás de ese río hay un mar. Y allí, como aquí viven millones de seres, y cada uno, el más obscuro, se cree dueño de la verdad

y no entiende al otro, al otro, que grita desesperado de dolor a su lado mismo. Y si hay uno, uno solo que comprende, que perdona, que tolera, ese es arrastrado; humillado, vencido, aunque sólo sea en apariencia...

CARLITOS.—(*La contempla en silencio un momento*). ¡Pobre, pobrecita Mágina!...

MARGARA.—(*Va hacia él, le toma la cabeza entre las manos, le echa atrás los cabellos, le mira fijamente los ojos*). ¡La verdad!... ¡La verdad!... ¿Mío?

CARLITOS.—Sí.

MARGARA.—¿Con vergüenza o con orgullo?

CARLITOS.—¡Con orgullo!

MARGARA.—¡Llámame, llámame por mi nombre!...

CARLITOS.—(*Echándose sobre sus manos*). ¡Mamá, mamita, mamita!

MARGARA.—(*Resplandecient*). Oye, rriatura mía: el camino más áspero que podemos tomar en la vida, pero el más ancho, es vivir para hacer la felicidad de los demás; es aprender a matar lo más feo que tiene el hombre: su brutal egoísmo, su voracidad, su terrible amor propio.

CARLITOS.—Quiero aprender contigo: ¡Llévame! ¡Llévame! (*Salen abrazados*).

T E L O N

OBRAS EN EXISTENCIA (Continuación)

bajo Belgrano, de Pelay y Mi sastrer, Downton.
 Los marcos, de Facio Hebequer.
 La eterna mentira, de Casós y Cuando suerte se inclina..., de Gómez Bao Bugliot.
 Luz de sombra y Ganador y placé, de Méndez Pastor.
 La eterna herida, de Crosa.
 La cula, de Cione.
 El sagrado celibato, de Arcos y Segovia (ex padre Gonzalo).
 Música di Cámara y El hásar rojo del Paraguay, de Zavalia.
 El supremo silencio, de Maisonnave.
 Juan Cuello, de Caraballo.
 Concurso de belleza y La sorpresa, de Borruti.
 El ridículo trágico, de Castellanos.
 No hay burlas con el amor, de Pico.
 Morriña... morriña mía!, de García Yelloso.
 La columna de fuego, de Ghiraldo.
 El triunfo de la vida, de Favaro.
 Palabra de honor y En cuerpo y alma, de Díaz Olazábal.
 Los saguaypés, de Roquendo.
 Torick, de Pérez Petit.
 Bajo el ombú, de Facio Hebequer.
 Alma gallega, de Arcos y Segovia (ex padre Gonzalo) y La esfinge enamorada, de Gald y Arroyo.
 Redención, de Portell.
 Una vida, de Defilippis Novoa.
 Una mujer de teatro, de Peña.
 El pobre muñeca, de Alvarez de Burgos.
 María, de Favaro y Maturana.
 Cambio de itinerario, de Duhau.
 La ofrenda, de Pagano.
 El drama de todos, de Crosa.
 La conciencia, de Arcos y Segovia (ex padre Gonzalo).
 El príncipe azul, de Pérez Petit.
 Un buen candidato, de Bret y Cooperativa doméstica, de Defilippis Novoa.
 La solución, de Medina Orrubia y El día sabado, de Defilippis Novoa.
 No hay tierra como mi tierra, de Saldías.
 Flores frescas y Al borde del camino, de Favaro.
 Las sacrificadas, de Quiroga.
 La insula de don Felino, de Lorusso.
 La seca y Ganarse la vida, de Pico.
 La estirpe, de Crosa.
 El mundo del tango, de Martínez Cuiñeo (R.) y Ribelli.
 Don Hipólito, de Pellerano.
 Las gaviotas, de Granada.
 Antes del drama, de Cione.
 El crimen de Liniers, de Aloisi.
 Bohème y El candidato del pueblo, de Saldías.
 El rancho de las Violetas, de Facio Hebequer.
 Handidos a la alta escuela, de Arcos y Segovia (ex padre Gonzalo).
 Pulguita y En la ventana, de Bejarano.
 La serenata de Schubert, de Passano y El autor, de Darthés y Damel.
 Los pájaros ciegos, de Duval Méndez.
 Guerra sin sangre, de Roquendo.
 La danza de los siete velos, de Crosa.
 Mme. Marie Modes, La primera nube y matrimonio viejo, de Downton.

La emperatriz bolchevique, de Castellanos.
 200: Don Quijano de la Pampa y Los fuertes, de Pacheco.
 201: La hoja de hiedra y Jacquemate, de Biffi.
 202: El último tango, de Morales (I.) y La Pipa de yeso, de Darthés y Damel.
 203: La suprema ley, de Berruti.
 204: El astillero, de Osés.
 205: Castillos en el aire, de Díaz Olazábal.
 206: Las mujeres lindas, de Trejo.
 207: Sacrificio, de Méndez Caldeira.
 208: Fumadas y Abajo la careta, de Buttare.
 209: Los vegetarianos, de Ortiz Grognet.
 210: Claror de luna y La cautiva, de Richard Lavalle.
 211: El amor que no se vende, de Dolard y Rillo.
 212: Los hombres de la ribera, de López y López Azcona.
 213: Doña Modesta Pizarro, de Ghiraldo.
 214: La fiesta de los pobres, de Morales (L.) y El indio Guitrán, de Caruso.
 215: Los huesos del desierto, de Ruiz Anbarro.
 216: Mandinga y Faca, taitas y milongas, de Riese.
 217: Alma vieja, de Méndez Caldeira.
 218: La gran prueba y El eterno anhelo, de Curotto.
 219: El turbión, de Defilippis Novoa.
 220: ¡Siga el corso!, de Saldías.
 221: Ganarás el pan, de Retta y Paredes y Las novedades del tío, de Ch. de Vila Bravo.
 222: Mamita, de Bianchi.
 223: En un rincón de la Quema, de Tosoni.
 224: La vida se reconstruye, de Segré.
 225: Los penitentes, de Martínez Payva.
 226: La señora ministra, de Saldías.
 227: Las Vestales, de Bengoa.
 228: Los parásitos, de Lasplaces.
 229: El pan blanco, de De Paoli y Schmidt.
 230: ¡Ciegot!, Del mismo barro y Ruega por nosotros, de Pico.
 231: La ola, de Mediz Bollo.
 232: Resurrexit y La mala vida, de Salaverri.
 233: Avanti Foot-Ball Club, de Darthés y Damel.
 234: 1810, de Rodríguez.
 235: Los dos vagos, de Biffi.
 236: El dogma y El camino de fuego, de Eichelbaum.
 237: Milonguita, de Linning.
 238: El asilo policial, de Tosoni.
 239: Hasta el pelo más delgado, hace su sombra en el suelo, de Darthés y Damel.
 240: La flecha de sol, de Mediz Bollo.
 241: Marceia, de Pita Martínez.
 242: El despertar de Nené, de Princivalle.
 243: El torbellino, de Claudio de Souza.
 244: Consultorio femenino, de Darthés y Damel, y ¡Holaaa!, de Favaro.
 245: Los buenos hombres y El pardo Florea, de Cortazzo.
 246: Los infieles, de Talice.
 247: Uno de tantos y Guerra conyugal, de Curotto.
 248: Los salvajes, de Ghiraldo.
 249: ¡Pobrecitas las mujeres!, de Casariego.
 250: Padre nuestro..., de Peyret.

470.

Por ampliación

PROXIMAMENTE
TRASLADAREMOS
NUESTROS
TALLERES
A LA CALLE

BARTOLOME MITRE 2744 y 48



Ferrari Hnos.



Farbkarte #13

Blue

Cyan

Green

Yellow

Red

Magenta

White

3/Color

Black

B.I.G.

Alfonsina Storni

EL AMO DEL MUNDO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Capital 20 ctva.
INTERIOR 25 "

BALENA
TEATRAL

No. 470



HUELLAS FEMINISTAS